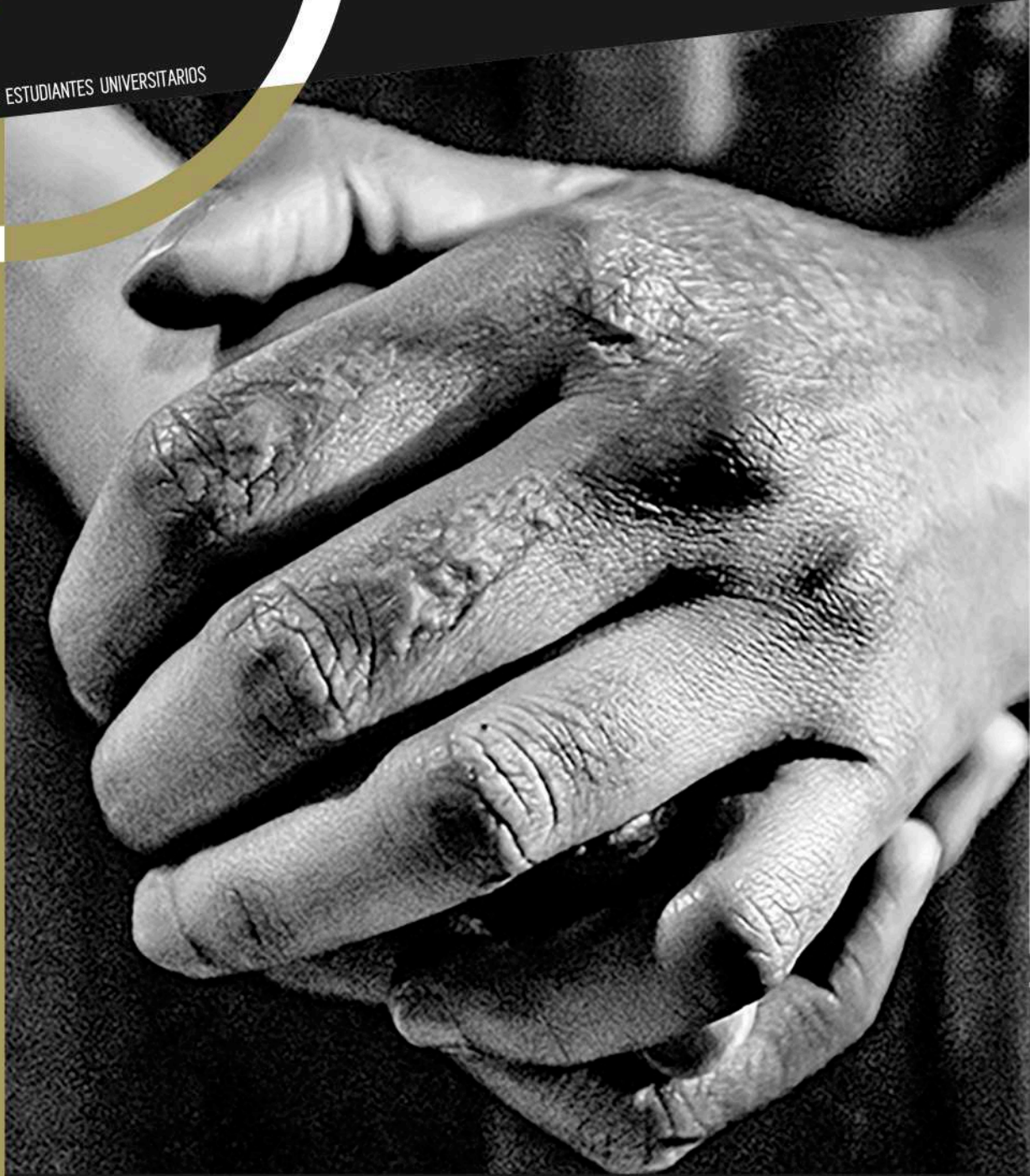


punto  
de partida

No. 235  
ISSN: 0188 - 381X

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

P  
A  
L  
I  
M  
P  
S  
E  
S  
T  
O





punto  
de partida

No. 235

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

UNIVERSIDAD NACIONAL  
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue Wiechers

Rector

Rosa Beltrán

Coordinadora de Difusión Cultural

Anel Pérez Martínez

Directora de Literatura

y Fomento a la Lectura

PUNTO DE PARTIDA

*Dirección:* Carmina Estrada

*Edición:* Aranzazú Blázquez Menes

*Redacción:* Fabián Espejel

*Diseño y dirección de arte:* Jonathan Guzmán

*Difusión:* Axel Alonso

*Impresión en offset:* Litográfica Ingramex,  
S.A. de C.V. Centeno 162-1,  
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad  
de México, 09810.

*Punto de partida*, Dirección de Literatura y  
Fomento a la Lectura, Zona Administrativa  
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad  
Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México,  
04510.

[www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)

[www.puntoenlinea.unam.mx](http://www.puntoenlinea.unam.mx)

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a  
[puntodepartidaunam@gmail.com](mailto:puntodepartidaunam@gmail.com)

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus  
autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

*Punto de partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección  
de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad  
Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN:  
0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524.  
Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102.

 @Puntodepartidaunam

 @P\_departidaunam

 @puntodepartida\_unam

Tiraje: 1000 ejemplares en papel  
cultural de 90 gramos, forros en cartulina  
Neenah Environment Birch de 216 gramos.

SEPTIEMBRE — OCTUBRE

EDITORIAL

PALIMPSESTO

CONCURSO 53  
DE PUNTO DE PARTIDA

Editorial . . . . .	5
<i>De hibiscos e insectos.</i> Natalia Durand . . . . .	8
<i>Entelékheia familiar.</i> Casandra Gómez . . . . .	14
<i>Fallen Angels.</i> Jorge A. Hernández Santiago . . . . .	22
<i>De lo frágil e impoluto.</i> Arely Migoni . . . . .	26
<i>Mátalas.</i> Mariana Rosas Giacomán . . . . .	31
<i>Mariantonieta.</i> Osvaldo O. Romero . . . . .	38
<i>La línea recta del sonido.</i> Andrés Segovia . . . . .	41
<i>Bodegones.</i> Carlos del Castillo . . . . .	47
<i>La última oportunidad de Cariguante.</i> Tonas Lima . . . . .	54
<i>Carpa seropositiva.</i> Izel Shamaní . . . . .	60
<i>La vida en las manos.</i> Miguel Guerrero . . . . .	67
<i>Si he de partir.</i> Iker Valdés Fierro . . . . .	73
<i>La masa.</i> Marcos A. Medrano . . . . .	77
<i>Abuela.</i> Andrea Rojo . . . . .	80
<i>XX.</i> Michelle Guarneros Domínguez . . . . .	81
<i>De mí hacia ti.</i> Sabina Yutsil Varela Turcott . . . . .	85
Colaboradores . . . . .	91



Miguel Guerrero "Jomi Warrior" (Toluca, 1986). Estudiante de la escuela de fotografía UNAVID.



CONTRAPORTADA



Jorge A. Hernández Santiago (Ciudad de México, 1994). Desde 2016 se ha desempeñado en fotografía, dibujo y pintura. Su obra se enfoca en la introspección del ser humano y aborda el miedo, el dolor, el abandono y la nostalgia.

## Editorial

El pasado no existe sin las narrativas que hacemos de él. Si cambiar lo sucedido es imposible, no lo es transformar cómo nos relacionamos con su impronta en el presente. Por fortuna, para ello nos hemos armado con herramientas como la escritura, las artes, la memoria y la historia. Esta búsqueda por resignificar la realidad atraviesa, desde experiencias diversas, a la mayoría de los textos y obras ganadoras del Concurso 53 de Punto de Partida, que reunimos en esta edición bajo el tema PALIMPSESTO. Muchos de ellos muestran la sensibilidad de sus autores y autoras ante problemas individuales, propios y ajenos, así como su conexión con los males sociales que los han acompañado por largo tiempo; pero no se detienen ahí, con su creatividad abren un abanico de posibilidades que desembocan en otros modos de ser.

Abrimos este número con el primer premio en Ensayo, otorgado a Natalia Durand por "De hibiscos e insectos", un itinerario que pasa por el racionalismo del s. XVII, por interpretaciones contemporáneas de lo animal y retorna al cuerpo para rastrear la genealogía de su fobia a los insectos y, así, resignificarla. El segundo premio, para Casandra Gómez, lleva por título "Entelékheia familiar" y reflexiona sobre la complicidad y los límites de la fotografía para alterar los recuerdos, una técnica que, contrario a lo que aparenta, suele ser más un reflejo de nuestros deseos frente a la realidad que de ésta tal como es.

"Fallen Angels" es la serie que obtuvo el primer premio en Gráfica, en ella los trazos de Jorge A. Hernández Santiago muestran rostros superpuestos con miradas que transmiten angustia, pesar, desamparo y confusión. Arely Migoni crea "De lo frágil e impoluto", segundo lugar de esta categoría, una historia siniestra en la que se descubre la inesperada maldad de sus protagonistas: tres pequeños borregos.

Los dos textos premiados en Cuento tienen en común una atmósfera de violencia ejercida sobre las mujeres: el primero, "Mátalas", de Mariana Rosas Giacomán, nos impregna con la angustia y la desconfianza con las que vivimos muchas de nosotras. El segundo, "Mariantonieta", escrito por Osvaldo O. Romero e ilustrado por Jorge Ponce, narra el infiernillo del que escapa una marioneta para darle sentido a su existencia. Le sigue "La línea recta del sonido", de Andrés Segovia, que obtuvo el primer premio en Poesía con un texto que encuentra en distintos registros sonoros —de la sangre, los pasos, las rocas, la lluvia, insectos, grietas— el ritmo del pensamiento. Con "Bodegones", segundo premio, Carlos del Castillo delinea con un lenguaje preciso y cargado de afecto tres momentos de un linaje femenino —abuela, madre, hija— y reconstruye el significado de cada una desde la pérdida, la lejanía y el cariño.



POESÍA



NARRATIVA



ENSAYO



ILUSTRACIÓN



FOTOGRAFÍA




NARRATIVA GRÁFICA

En Crónica, el primer premio fue para “La última oportunidad de Cariguante”, en ella Tonas Lima cuenta la historia de Edgar Cuenca, cuya vida dio un giro gracias al box: de sus conflictos personales saca la fuerza para pelear en el ring y, a cambio, éste le paga con motivación para su día a día. A ella la acompaña una serie de retratos autoría de Diego Mapache. El segundo premia a Izel Shamaní por “Carpa seropositiva”, una crónica que transita entre una carpa de circo y una de detección de VIH como escenarios de la cotidianidad trágica de un hombre que trabaja como payaso en Chalco. Agradecemos a integrantes del Condomóvil A. C. por las fotografías que nos compartieron para este texto.

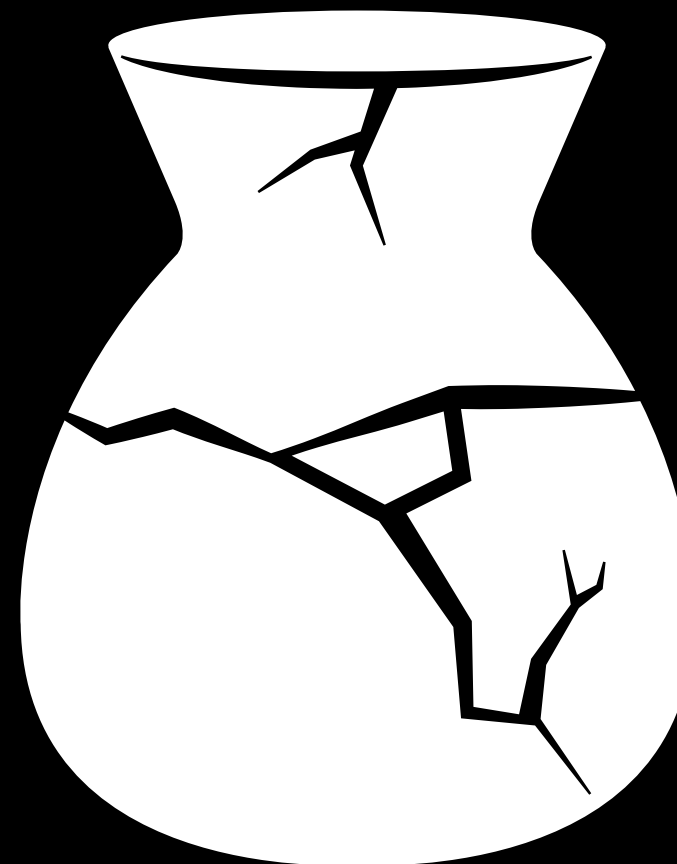
Continuamos con los ganadores en Fotografía: Miguel Guerrero es autor de “La vida en las manos”, una serie que retrata siete historias anónimas a través de los rastros que dejaron cicatrices o deformaciones en sus manos. El segundo premiado fue “Si he de partir”, de Iker Valdés Fierro, quien se apropia y resignifica el pasado de una pareja a través de la intervención material de la imagen, dejándonos intuir una historia de desencuentro.

“La masa”, escrito por Marcos A. Medrano es un cuento potente que captura la imposibilidad del duelo y la brutalidad de las desapariciones forzadas, tan persistentes en nuestro país; es el primer premio en Minificción. El segundo es “Abuela”, en el que Andrea Rojo crea una atmósfera de confusión e inocencia para narrar la muerte desde una perspectiva inesperada.

La categoría más reciente del concurso, Narrativa Gráfica, la ganó Michelle Guarneros Domínguez, con “XX”, una breve historia de búsqueda y desencanto. El segundo premio lo obtuvo Sabina Yutsil Varela Turcott: “De mí hacia ti” refleja el sentido de comunidad y el arraigo al origen como fortalezas para enfrentarse al cambio. Por último, agradecemos a Marisol Cosmes Guzmán, Trilce Zúñiga Loya, Daniella Santaella y Mónica Herrera Quant, cuatro artistas cuyas ilustraciones, pinturas y dibujos dialogan con algunos de los textos ganadores.

Esperamos que disfruten este número y que los contagie con el ánimo de reescribir sus propias historias. 

Aranzazú Blázquez Menes



D A I T M D S E S T O  
 D A I T M D S E S T O  
 P A L I M P S E S T O



# De hibiscos e insectos

NATALIA DURAND

Ensayo: Primer premio

Siempre vivimos a destiempo. Así se siente vivir en esta época. Lo importante siempre está en otro lugar, en otro tiempo que no es el presente. Esta vez fue un poco distinto: a Escargot y a mí nos cayó la pandemia y, como a todos, también el miedo, un nuevo miedo. Quizá porque la muerte nos hablaba de cerquita decidimos irnos un rato de la ciudad. La pandemia apenas llevaba unos meses; no fue difícil ahorrar cuando había desabasto de chela y casi todo estaba cerrado. Cuando algo amenaza, urge más afirmar la vida: queríamos un tiempo propio, una aventura, aunque fuera infinitesimal, como dice Vladimir Jankélévitch —según él la aventura, para serlo, tiene que tener una dosis de proximidad con la muerte—. O tal vez no teníamos claro nada de esto y decidimos irnos porque queríamos un respiro de todo lo que estaba pasando: por temerarios o por idiotas. O sólo porque sí. Quién sabe, la verdad ya ni me acuerdo. La razón no importa tanto. Escargot y yo tomamos la carretera por varias horas pasando por ciudades grandes y pueblos más chicos, bosques fríos, planicies aburridas, subidas a las que no se les veía fin, lluvia con amenaza de neblina y luego vegetación más tropical. Condujimos hasta los límites del camino: después ya era puro bosque. Allí estaba la casa donde nos quedaríamos.

No quería meterme a las redes sociales en esos días. Cerca de cerrar todo leí un *tweet* en el que alguien recomendaba una aplicación llamada Picture Insect, que servía para identificar insectos. Suponiendo que podría aprovecharla en ese lugar tan lleno de plantitas, la descargué. El funcionamiento era muy sencillo. Había que tomarle una foto más o menos nítida al insecto y la app identificaba de qué especie podía tratarse: ofrecía una

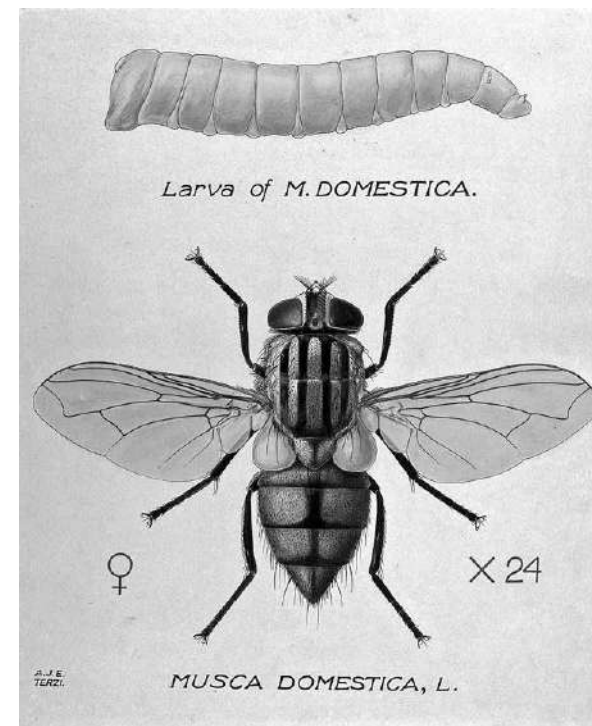
serie de opciones y el usuario decidía cuál era la correcta. Brindaba nombre, clasificación, características, distribución, fotos. Era una enciclopedia personalizada. Yo no tenía idea de que ese tipo de cosas existían. Se podía usar de forma gratuita durante siete días. Al octavo se cobraban automáticamente 389 pesos, que era el costo por un año. Puse una alarma en mi celular para borrar mi suscripción el séptimo día. Con mi prótesis de entomóloga consagrada, salí al jardín a explorar.

## *Paeromopus angusticeps*

Fue mi primer insecto “recolectado”: así nombraba la aplicación los hallazgos de cada quien. De inmediato me cautivó la idea de *recolectar insectos*. Se trataba de un tipo de ciempiés anillado en amarillo y negro que puede llegar a medir hasta 15 centímetros. No tenía ojos, sino ocelos. Busqué “ocelo” en el celular: un órgano rudimentario de visión que no capta imágenes, sólo luminosidad. Sonaría muy lejano al mundo digital si no fuera porque el principio irreductible de la imagen como interfaz entre espacio y tiempo también es la luz. Entonces el *Paeromopus angusticeps* no me vio, pero probablemente se extrañó de una oscuridad súbita que lo abrazaba. Yo volví a la casa y para él volvió la luz.

\*

Por motivos que no acabo de comprender (seguro tiene algo que ver con su escurridizo nombre), Escargot tiene una obsesión con las cañerías y sus pestilencias. Evidentemente estaba fascinado con la mierda que día con día se acumulaba en nuestro baño seco: de nuestras



A. J. E. Terzi, Wellcome Collection ©

nalgas y en caída libre hasta tocar fondo, se erigía poco a poco una majestuosa torre hecha de mierda, ceniza y tierra que admiraba, intrigado por el proceso metabólico que producía camadas y camadas de moscas ruidosas. Descubrí que casi todas eran:

## *Musca domestica*,

aunque también había una que otra gigante, de esas panteoneras. No me sorprendió el nombre:

## *Cynomya cadaverina*.

Cada quien sus patologías: a mí me llamaban más la atención otros seres, como las pequeñísimas:

## *Menemerus bivittatus*,

arañitas de apenas unos milímetros que vivían en las paredes del baño y daban brinquetes.



Public Health Image Library, Center for Disease Control and Prevention ©

\*

Si volteo hacia atrás y contengo el parpadeo en mi infancia, puedo decir: “siempre le he temido a los insectos”. Tiene sentido si luego evoco a mis papás alarmados ante cualquier artrópodo colgante de las paredes o a las escalofrantes representaciones filmicas con las que crecí. En esos mundos no hay insectos nobles. Siempre corresponden a plagas insalubres o monstruos metamorfoseados, amenazas de aniquilación. Una de las primeras noches en ese lugar tan ajeno a la metrópoli, reviví esas historias de terror y de misterio.

Estaba acostada en la cama cuando vi lo que parecían tres patas bastante largas asomándose del foco pegado al techo. Pensé: “si esas son las patas... ¿de qué tamaño es el bicho?”. Pegué un brinco cuando la araña que se ocultaba decidió salir de su escondite. Era de color marrón sombrío, de unos ocho centímetros contando las patas y, con mi léxico no experto, puedo decir, peluda. Me quedé pasmada. Pero no: tenía que matarla



antes de que ella viniera por mí. Agarré mi chancla y me le acerqué con todo el sigilo posible. Ja, obviamente ya me había visto con uno de sus tantos ojos. Ni siquiera estaba tan cerca cuando salió disparada y cruzó todo el techo en un santiamén. Nunca había visto una araña tan ágil. No sé quién estaba más aterrorizada. Se resguardó en una ranura y cuando quiso salir, yo ya la estaba esperando.

Al verla muerta, recordé algo que escribió Ida Vitale en *De plantas y animales*:

¿Por qué siempre hay alarma al aparecer la araña? No asco como ante una cucaracha, sino un llamado inconsciente que pone en línea todas nuestras posibles tensiones. ¿Salta la araña? “Nosotros, al menos, nos disponemos para el salto”, dice Francisco Ponge, que supone condiciones acrobáticas a la criatura que yo empiezo a imaginar remolona.

Yo no me dispuse para el salto: lo ejecuté.

“No hay nada más ‘otro’ que la otredad de un insecto”, dice Pablo Soler Frost en su famoso libro entomológico-literario *Oriente de los insectos mexicanos*. Es como si en ellos habitara una alteridad irremediable que llama a los sustratos más hondos: un puente con la oscuridad primordial.

Maurice Maeterlinck, quien se intrigaba por el fondo oscuro del inconsciente y también fue acusado de plagiar a un autor sudafricano en su libro *La vida de las termitas*, escribió: “El insecto ofrece algo que no parece pertenecer a la moral y a la psicología de nuestro globo. Se diría que vienen de otro planeta, más monstruoso, más enérgico, más insensato, más atroz, más infernal que el nuestro”. Tantas patas en seres tan diminutos hacen que Maeterlinck pueda tener razón.

En “El miedo a los insectos”, uno de sus primeros ensayos —lo digo porque su escritura ya poco tiene que ver con eso: ahora hace increíbles máquinas anticapitalistas de novelas inexpertas y escribe con plantas—, Vivian Abenshushan dice que los insectos no le dan ñañas, más bien le molesta que se cuele a su biografía sin avisar. A mí sí me dan ñañas: por esa *Araña* de hábitos nocturnos mi cuerpo experimentó un pavor cuya genealogía no alcanzo a ubicar. Sea lo que sea, el

punto es que ese miedo —fundado o infundado— me había hecho masacrarla.

\*

¿Qué demonios significa eso de “pensar con el cuerpo”? Hasta parece que está de moda. ¿A poco así de fácil abandonamos el *cogito ergo sum* cartesiano? Empecemos por ahí. Actualmente, René Descartes tiene muy mala fama por sus ideas racionalistas de corte antropocéntrico. Por eso me sorprendió que, en las *Meditaciones metafísicas*, él mismo pida que lo imaginemos empijamos con una batita de seda junto al fuego en su debraye. No era lo que esperaba de un racionalista. Piyama o no (porque incluso más adelante menciona su desnudez), lo que dice en sus meditaciones sí es muy serio: para Descartes el *cogito*, el “yo”, es el principio, el fundamento. Es decir: las condiciones que hacen posible nuestra relación con el mundo las ponemos nosotros, los sujetos. De nuestra capacidad de pensar se desprende todo lo demás. Y de esa hipótesis, por ejemplo, se llega fácilmente a la superioridad de lo humano sobre todas las demás especies.

Volviendo al cuerpo, hay un filósofo interesado en la corporalidad que planteó algo totalmente distinto al *cogito* cartesiano: Baruch Spinoza (autor del multicitado *hit* “nadie sabe lo que puede un cuerpo”). Según él, Descartes se equivoca al poner al “yo” como fundamento, cuando realmente el único principio es Dios: para Spinoza, Dios no es un hombre barbado que castiga desde quién sabe dónde; Dios es la Naturaleza, el cosmos en su totalidad. Y todos los seres participamos en la misma medida de esa sustancia que es la Naturaleza. Para que se entienda: a partir de Spinoza podríamos decir que hay una suerte de equivalencia entre los humanos y las piedras, o entre las arañas. La diferencia es lo que puede cada cuerpo, nada más.

A ver, entonces, ¿“pensar con el cuerpo” significaría confiar en él, atender a su propia escucha? Si es así, por ahí puedo empezar. Aquí estoy parada: crecí en la ciudad, convencida de que las arañas son peligrosas. Reconozco que mi cuerpo reacciona desde esa configuración que no recuerdo haber elegido. No me enorgullece. Tampoco me apena afirmar mi cuerpo, sus afectos. Carajo,

qué hermoso poder decirle al cuerpo: *te creo*. Qué urgente imaginar el cuerpo como espacio donde habita una verdad mucho más porosa y necesaria que la del saber. Partir del cuerpo para, entonces sí, cambiar de posición, de ideas.

Spinoza es todavía más radical: leyéndolo con cuidado, ni siquiera tendría sentido pensar al cuerpo separado de la mente, del pensamiento: para él cuerpo y mente son simultáneos, inseparables. Fue tan radical que a los 24 años, antes de que publicara cualquier cosa, los rabinos ya lo habían excomulgado. Era el siglo XVII y sus papás venían huyendo de la Inquisición en Castilla; así llegaron a Ámsterdam, donde él nació. Era “marrano”: un judío obligado a convertirse en cristiano. Dicen que pensaba en español, la lengua negada de sus padres. Según su biógrafo Colerus también tenía una afición rara: “buscaba arañas a las que hacía luchar entre ellas, o bien, moscas a las que lanzaba a la tela de araña, y contemplaba después estas batallas con tanto placer que algunas veces no podía contener la risa”.

Quién sabe qué sea “pensar con el cuerpo.” Por cierto: no todas las arañas son ponzoñosas. En México las únicas arañas realmente peligrosas —que podrían aparecer en una casa— son la viuda negra y la araña violinista. Pero no, no basta con saber.

\*

Si todas las genealogías son ficciones, yo también quiero imaginar la mía para especular sobre la supuesta maldad inherente a los insectos. Pienso en las mañosas descripciones que hace de América el conde de Buffon, un ilustrado del siglo XVIII que pasó a la historia como inspiración para Darwin, nombre capital en la racionalidad científica de Occidente, ni más ni menos.

Una de las cosas que más enorgullecían al naturalista francés fue haber *descubierto* que las especies de América eran *distintas* a las europeas. En uno de los 44 volúmenes de su *Historia natural* describe las tierras americanas (sí, sí, todas ellas por igual, donde fuera que acabaran) como pantanos putrefactos bullentes de insectos y culebras gigantes. “Porque frío es el salvaje como fría es la serpiente”. Era obvio que el salvaje americano era un hombre frígido *en el amor*: por eso no había

dominado a la naturaleza. O sea: que no se le paraba y que por eso no podía darle forma a su lodazal, pues.

Para Buffon, América era un mundo sumido en la inmadurez mental y física, embrionario y decadente. Por eso aquí pululaban los insectos, animales rastreros que en ningún otro lugar alcanzaban proporciones tan monstruosas. En este continente no existían las especies grandes, sólo las minúsculas y viles, las que se reproducían con pavorosa fertilidad, a diferencia de esas otras que eran nobles, los animales robustos y hermosos del Viejo mundo que defendían su valor, como el león. Todo esto lo dijo un hombre corpulento y seguro de sí mismo que portaba una peluca empolvada y se la vivía entre París y Montbard. Nunca pisó América.

Pero si Buffon relacionaba de inmediato la vileza con los insectos a la hora de desplegar su escabrosa argumentación, es muy probable que no fuera el primero, quizás era una idea común en ese tiempo. El antropocentrismo y el desprecio por lo pequeño —así como la relación entre el dominio violento y lo fálico— tienen muchos años escribiendo una buena parte de la historia occidental.

Aunque no todas sus observaciones fueron así de indeseables, sí es evidente su racismo descarado que, por cierto, se incorporó a la ciencia de los siguientes siglos. Esto es tenebroso porque según Michel Foucault así se produce *la verdad* o eso que llamamos *discurso verdadero*.

Igual y sólo digo todo esto para justificar mi alevosía sobre la araña del techo (†). Esa noche después del incidente no dejé fracciones desnudas de mi cuerpo: apenas por una ranura de la cobija se asomaban mi nariz y ojos. Me costó mucho quedarme dormida. Era difícil dejar de ver el techo buscando una pata que anunciara un cuerpo entero. “Sé que me presiente y sé que, por la altura de la noche, me espera. Si duermo, danza sobre mi frente, su ojo sobre mi ojo”, repetí, sepultada bajo las sábanas, ese fragmento de “La araña”, el tétrico cuento de Guadalupe Dueñas.

II

Una de esas mañanas preparé agua de jamaica. Afuera llovía, así que no podíamos salir a curiosear al bosque.



Escargot y yo nos quedamos en la casa tratando de leer, escribir o nada más ver sobre qué debrayábamos. Mientras las flores hervían me di cuenta de que no sabía cómo era la planta de Jamaica. Nunca había visto una en vivo ni en foto. Siempre llegaba a mí en flores secas que resucitaban al contacto con el agua. La busqué en internet:

*Hibiscus sabdariffa.*

Era un arbusto no muy grande con flores color grana que a simple vista parecen guardar espinas bajo sus pétalos. La forma de sus hojas me recordó a las de la *Cannabis*. En el primer resultado decía con una letra gordinflona y sin patines: “Hibisco de la familia de las malváceas, originario de África tropical, desde Egipto hasta Sudán”.

Puede que no tenga nada que ver, pero pensé que hibisco rimaba con obelisco. Así que me puse a buscar su etimología. No la encontré como tal, sólo decía que el quingombó es un fruto comestible proveniente de África llamado por Linneo *Hibiscus esculentus* (de ahí la relación con lo que yo averiguaba.) Al parecer la palabra “quingombó” viene a través del portugués “quingombô”, y éste del umbundo, un idioma bantú de Angola. En Cuba le dicen quimbombó: lo decía ahí y lo sé también porque así lo llama mi abuelita Tere, que creció allá. Es un fruto verde y alargado con interior carnoso y semillas viscosas. La verdad nunca me ha gustado lo fibroso, me da repugnancia esa textura. Perdón por mentir y comerlo encantada, abu: tal vez lo que me gusta del quimbombó es saberte cerca de una partecita de Cuba.

Seguí buscando en otras páginas —ese atisbo de la *deep web* que puede ser ir más allá de la primera página de resultados de Google— y por fin hallé la etimología de *Hibiscus* (o algo así): “Nombre genérico que deriva de la palabra griega *ἰβίσκος* (ibískos), el nombre otorgado por Dioscórides a la *Althaea officinalis*”. Vi que esa era otra planta físicamente muy parecida a la de Jamaica, conocida como malvasisco. Algo era cierto: la palabra *hibiscus* había sido creada por Dios(córides), un médico y botánico que nació 60 años antes que Jesucristo. Su libro *De materia medica* fue muy popular como manual de farmacopea durante la Edad Media y



*Hibiscus sabdariffa*, Deborah Griscom Passmore, 1906. Department of Agriculture Pomological Watercolor Collection. Rare and Special Collections, National Agriculture Library ©

el Renacimiento. Se tradujo del griego al latín y al árabe. En 1555 Andrés Laguna, que fue médico del entonces papa, trasladó el libro al español en una edición a la que añadió más de 600 dibujos de su autoría. Con un par de clics, en la Biblioteca Digital Mundial se puede descargar íntegro ese libro del siglo XVI.

Siguiendo la marginalia de orlas frutales entrelazadas en columnas toscanas busqué la *Althaea officinalis*. Confiaba en que podría reconocer el dibujo, pues sería parecida a la *Hibiscus* que yo andaba buscando y que, a estas alturas, ya estaba disfrutando en un vaso con hielos. Luego de esrolear sin tantísima atención 616 folios antiguos con descripciones más poéticas que científicas sobre benévolas plantas medicinales, descubrí que también había espeluznantes narraciones “de los venenos mortíferos, y de las fieras que arrojan ponzoña”.

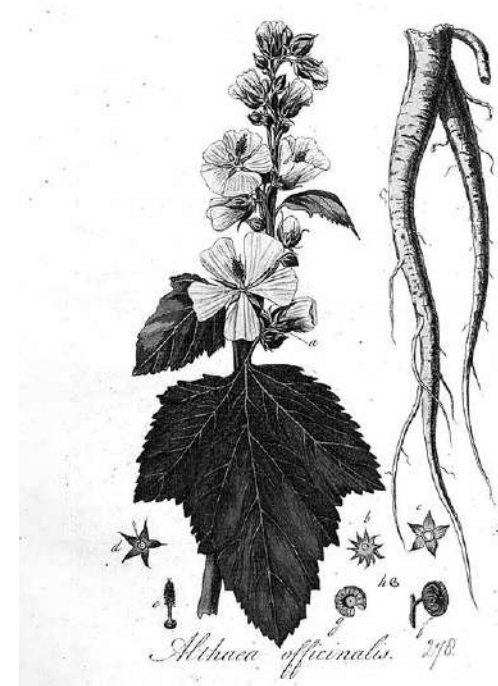
Me llamaron la atención las orugas del pino que al tragárselas producen “tan bravo dolor de tripas, que juzga el paciente, serle roídos todos los interiores miembros”. Se parecían a las orugas que acá en México les dicen azotadores. ¿Pero es que a quién se le ocurriría tragarse una oruga con picos?

Aunque ya no es un buen momento para enaltecer el humanismo, no puedo evitar recordar la bellísima defensa que le hace Erasmo de Rotterdam a partir del proverbio *Dulce bellum inexpertis*. Mi amigo Ricardo, estudiante de Letras Clásicas (el más antiguo que tengo, en todos los sentidos de la palabra), lo traduce así: “La guerra es dulce para los que no la conocen”. Según Erasmo, que tengamos una piel suave y delicada en lugar de espinas o garras es un signo claro de que no estamos hechos para la guerra, sino para la amistad. ¿Por qué tendríamos brazos sino para abrazar? ¿Cuál sería el sentido del beso? “Que las almas puedan unirse al mismo tiempo que se unen los cuerpos”.

Quien se tragó la oruga del pino desmintió la universalidad de Erasmo: supongo que vio espinas y no pensó “peligro”, sino “amistad.” Así llegué al final de *De materia medica* sin hallar la *Hibiscus*. Lo que sí encontré fue un índice de las plantas en diez denominaciones distintas. En latín: *Altaea*, página 368. Claro que había pasado por ahí, pero no le encontré mucho parecido con la *Hibiscus*, por eso ni me detuve a corroborar de qué planta se trataba. Inesperadamente, el dibujo que le seguía era una planta de *Cannabis*. Me sentí participe de un encuentro. ¿De qué, para qué? Para nada. No me di cuenta de en qué momento oscureció.

\*

Un lugar siempre es, al menos, dos lugares: uno de día y otro de noche. En esa casa al lado del bosque, el oca-so llegaba acompañado de criaturas muy distintas a las que salen con el sol. Esa tarde vi otra araña caminando por la pared, idéntica a la primera que había visto aquella noche. Mi reacción inmediata fue la certeza de que debía tomarle una foto para *recolectarla*. Tratando de que mis movimientos pasaran inadvertidos me acerqué a ella lo más que pude. Movié una pata y yo retrocedí. Cambió de sitio. Acechante, la seguí:



Christiaan Seep, *Althaea officinalis*, *Flora Batava*, volumen 4, 1822 ©

*Selenops actophilus.*

Se le conoce como araña cangrejo de pared. No es peligrosa. Vive entre las rocas o en los bosques. Con las fotos me di cuenta de que no era color marrón, sino arena con manchas oscuras. No fue difícil encontrar un parecido entre sus movimientos y los de un crustáceo que se pasea despreocupado por la playa. Después de cenar no la vi más.

Los siguientes días las arañas me preocuparon menos. Las veía por las paredes y sabía que si ninguna se interponía en el camino de la otra, todo continuaba su curso. Al fin pude dormir a pierna suelta.

\*

Escargot y yo estuvimos en San Pablo Etla, Oaxaca, por dos semanas. Decidí pagar el año completo de *Picture Insect*. Al día de hoy he recolectado 86 insectos. Bueno, haciendo bien la cuenta, 72: apenas descubrí que ni los ciempiés ni las arañas son insectos. 🐞

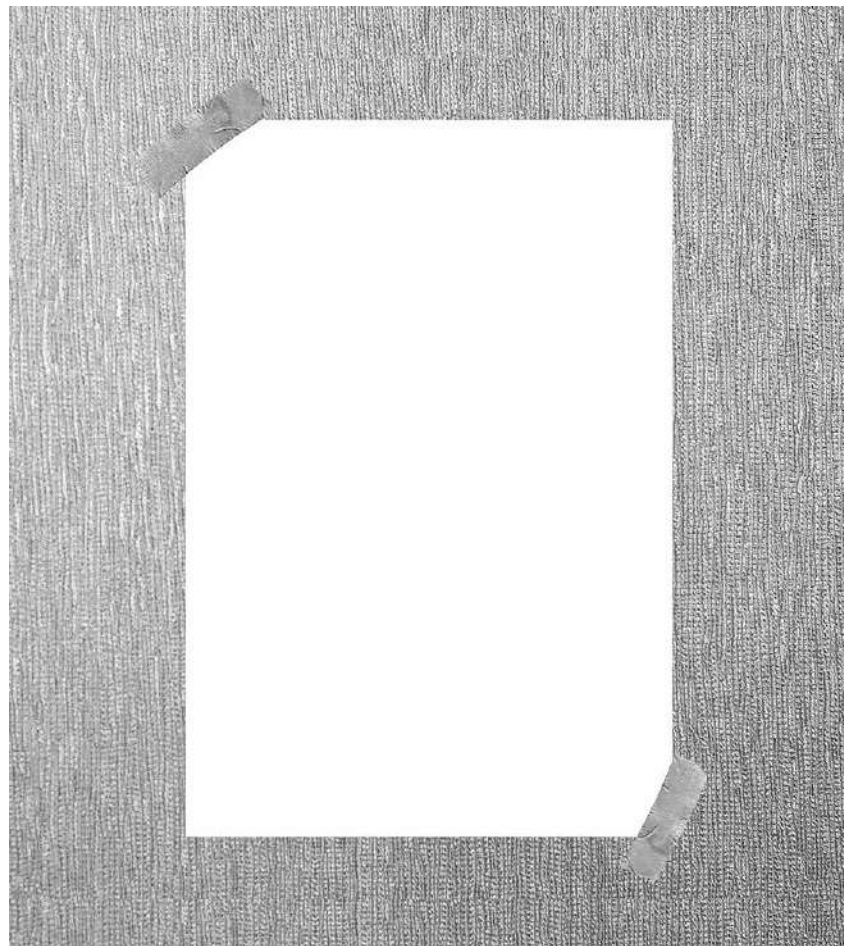


# Entelékheia familiar

CASANDRA GÓMEZ

Ensayo: Segundo premio

*Un profundo deseo de no ver lo real permite ver la imagen.*  
Pascal Quignard



A la izquierda, una mujer, mi madre, con un hermoso vestido blanco, quizá de seda, un maquillaje discreto que delinea sus ojos y realza la forma de sus labios con un rojo apuntando al naranja; la mitad de su rostro la cubre una cabellera ondulada; el único ojo que muestra observante, mira directamente hacia la cámara. A la

izquierda, un hombre, mi padre, sostiene asustado a una bebé; su ropa resalta entre los grises y blancos fúnebres. En sus brazos, la bebé, yo, cubierta de blanco: medias, zapatitos y vestido. Dos manos fantasmas logran asomarse; una de ellas sostiene mi pulgar y lo presiona en una hoja. Al fondo una mujer camina sonámbula, da la impresión de no percatarse de lo que sucede en esa habitación.

\*

Como Joan Didion, al preguntarse sobre las notas que guardaba en su libreta, en aquel espléndido ensayo "Sobre tener un cuaderno de notas", siempre que observaba esa fotografía me podía imaginar diferentes historias. ¿Fue mi madre una de esas mujeres que bebía directamente de las botellas de champaña y lucía cortes extravagantes como las famosas *flappers*? ¿Habrá fumado un cigarrillo después de firmar los papeles y hecho sonar su tacón de 12 centímetros mientras abandonaba las oficinas moviendo las caderas de forma exagerada? ¿Habrá por fin tirado todas las playeras estampadas de mi padre y comprado camisas de vestir en colores celestes, corbatas de seda, trajes estilizados? ¿Habrá llorado por no ser ninguna de esas mujeres?

\*

Las fotografías son quizás el mayor artilugio para mostrar falacias disfrazadas de verdad. Tal vez por eso Roland Barthes no soportaba ver fotos de su madre fallecida, o Susan Sontag criticaba la terrible obsesión del turista por entorpecer el tráfico con sus cámaras desechables y sombreros ridículos.

Bastante común es escuchar la frase "hasta no ver, no creer", aunque durante muchos años pareciera haber sido sustituida por "hasta no ver fotografía, no creer". Sin embargo, el paso del tiempo hizo evidente que muchas imágenes intercambian espejos por oro; muestran realidades fragmentadas, trozos casi perfectos. En esas realidades, el hambre, la pobreza y la violencia no existen.

\*

Muchos años más tarde, descubrí la verdad de esa foto. Nada de botellas de champaña ni vestidos de seda. Nada de historias felices ni corbatas caras. El rostro de mi madre no se escondía detrás de un peinado rebelde; su cabello guardaba las marcas, el llanto, el dolor.

\*

La fotografía da la impresión de ser la única capaz de enmarcar pequeños instantes del presente. Por ello, en algunas culturas existe la creencia de que fotografiarse no sólo implica la apropiación de la imagen de una persona, sino el hurto de su alma.

Se podría tachar de ignorante esta creencia, pero si miramos atentamente nuestra construcción actual de la realidad, notaremos cómo poco a poco nuestra alma se va





desdibujando a cada retoque en Photoshop, a cada momento planeado que busca verse real. Como escribe Susan Sontag: “En vez de limitarse a registrar la realidad, las fotografías se han vuelto norma de la apariencia que las cosas nos presentan, alterando por lo tanto nuestra idea de la realidad y el realismo”. Ya no nos interesa la verdad, importa la verosimilitud. Desaparecemos en cada pincelazo para convertirnos en la mujer del retrato oval. Hambrientos de atención. Si en un principio el alma era atrapada en pedazos de papel, ahora ha sido condenada al *scroll* de las pantallas.

\*

En la parte de atrás la foto se encuentra fechada. Aquel día, mi madre miraba al fotógrafo y suplicaba con su único ojo a la vista que parara de fotografiarnos. Como tantas otras veces, los puños de mi padre habían callado los gritos desesperados de mamá. Debajo del cabello, las manchas púrpuras alrededor de su otro ojo soñaban con ser libres.

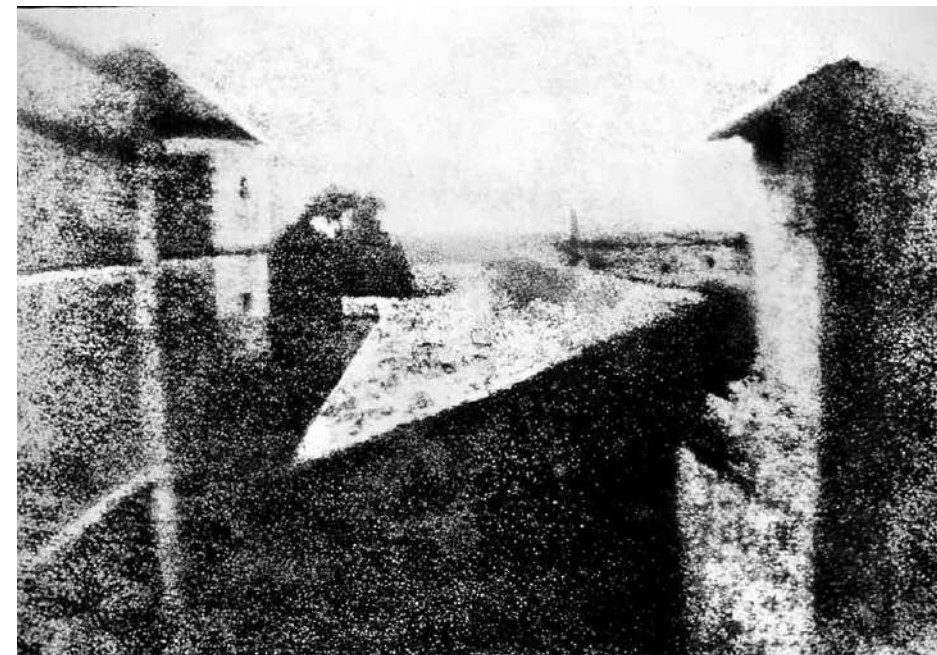
19/02/97  
Robles Gómez Casandra

No recuerdo exactamente por qué mi madre me contó la historia de esa fotografía. Sólo recuerdo que me encontraba hurgando en cajas llenas de fotos familiares, escribía un ensayo sobre mi nombre y me vino a la mente esa imagen del día de mi registro. Mi madre entró al cuarto mientras escribía, la vio en el escritorio y la tomó: *¿Puedes pedirle a Víctor que lo borre de ahí?* Le dije que sí, aunque no sabía si un diseñador gráfico también podía cambiar la mirada triste de mi madre, si podía borrar aquella fecha de nuestro pasado.

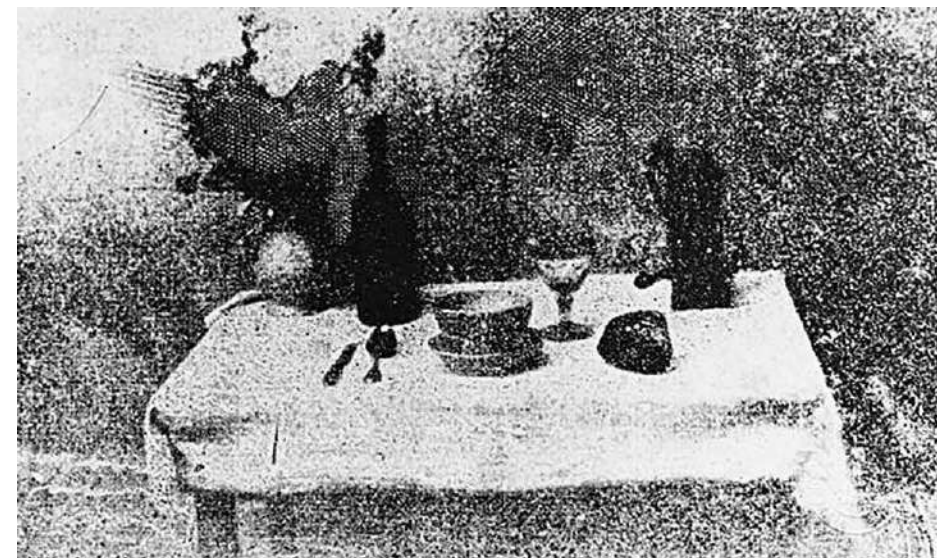
\*

*Point de vue du Gras*. La primera fotografía de la historia se realizó en 1826. Luego de ocho horas con diez minutos de exposición, Joseph Nicéphore Niépce fotografió, desde la ventana, el techo de su finca. En la imagen puede notarse que ambas paredes tienen sombra. Esto se debe a que Niépce no sólo capturó la primera fotografía, logró, incluso mejor que Monet, guardar para la posteridad el movimiento del sol.

Sin embargo, algunos creen que ésa no fue la primera fotografía, pues propiamente *Point de vue du Gras* era una heliografía: un procedimiento que necesitaba de betún de Judea —una sustancia fotosensible—, aceite de espleigo, papel, placas de vidrio, metal y una cámara oscura. Por su parte, Roland Barthes, en *La cámara lúcida*, nos muestra la que sería la verdadera “primera fotografía”: una instantánea borrosa de la mesa servida de Niépce que data de 1822.



*Point de vue du Gras*, Joseph Nicéphore Niépce, 1826, Museo Nicéphore Niépce



*La table servie*, Joseph Nicéphore Niépce, 1822, Museo Nicéphore Niépce



\*

“Fotografiar es ver con rayos X, como Superman, en la fantasía infantil: todo se hace visible, pero desde lejos. Es reunir todas las imágenes posibles de un mundo que a veces controlamos, pero en el que no participamos”, escribe Eliot Weinberger. Me pregunto si el fotógrafo de ese día habrá visto el rostro completo de mi madre, si fue él quien le sugirió cubrirlo. Es probable que él mirara desde lejos a aquella familia fragmentada, sin poder participar; controló el balance perfecto de luces para regalarnos una foto que intentaba ocultar la realidad de los siguientes cuatro años que mi madre pasaría junto a mi padre. También puede ser que el fotógrafo ni siquiera lo hubiera notado.

\*

#### Nota sobre *Nocturno hindú* de Antonio Tabucchi

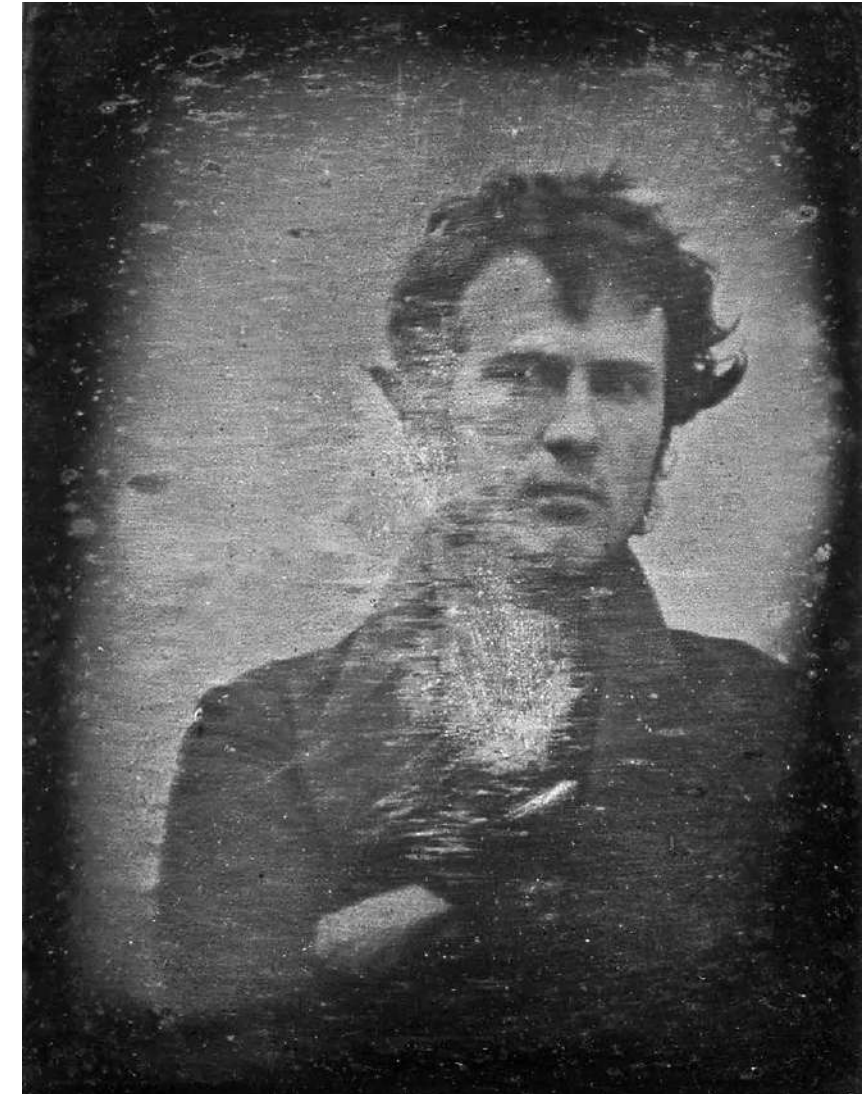
Christine le muestra al protagonista un libro con sus fotografías. Una de ellas es la ampliación de un hombre: “La foto reproducía a un joven negro, únicamente el busto; una camiseta con un letrero publicitario, un cuerpo atlético, en el rostro la expresión de un gran esfuerzo, las manos levantadas como en señal de victoria”. A falta de un título o leyenda, la fotografía podría indicar que este hombre acaba de llegar a la meta después de una carrera de atletismo. Sus ojos expresan el final de algo que lleva esperando desde hace mucho. Pero la fotografía engaña. La imagen completa muestra otro escenario. Un policía acaba de dispararle. El hombre murió segundos después de que Christine hiciera clic.

\*

Existen muy pocas fotos de mi madre sonriendo después de 1997. Parece que desde hace mucho las instantáneas robaron su sonrisa del alma. No importa cuántos cumpleaños o momentos importantes sucedan, ella siempre mira a la cámara de la misma forma: suplicando que, por favor, den el clic. Las manchas púrpuras se borraron de su cara, pero no de las fotografías.

\*

Una de las cosas que caracteriza al siglo XXI fue la llegada de las *selfies*. En 2006, Paris Hilton posteo un *tweet* en el que avisaba al mundo que Britney Spears y ella habían inventado las *selfies*; sin embargo, la primera data de 1839, y a Robert Cornelius le tomó al menos unos 15 minutos de exposición guardar su retrato a los 30 años.



*Selfie* de Robert Cornelius, 1839, Biblioteca del Congreso de Estados Unidos

La gran duquesa Anastasia Nikoláyevna, hija del emperador de Rusia, tomó en 1914 otra de las *selfies* más conocidas. A sus 13 años sostuvo la cámara frente al espejo y esperó a verse reflejada: “Tomé esta foto de mí misma mirando al espejo. Fue muy difícil ya que mis manos temblaban”, escribió en una carta a su padre.

A diferencia de la *selfie* contemporánea, tomarse una *selfie* hace más de 100 años requería mucha paciencia; obligaba a contemplarse a uno mismo por tanto tiempo que, como cuando nos observamos un gran rato en el espejo, dejamos de reconocernos. El autorretrato de Anastasia no es sólo el reflejo de su silueta, es también el temblor de sus manos, los fantasmas del tiempo.



Selfie de Anastasia Nikoláyevna, 1914

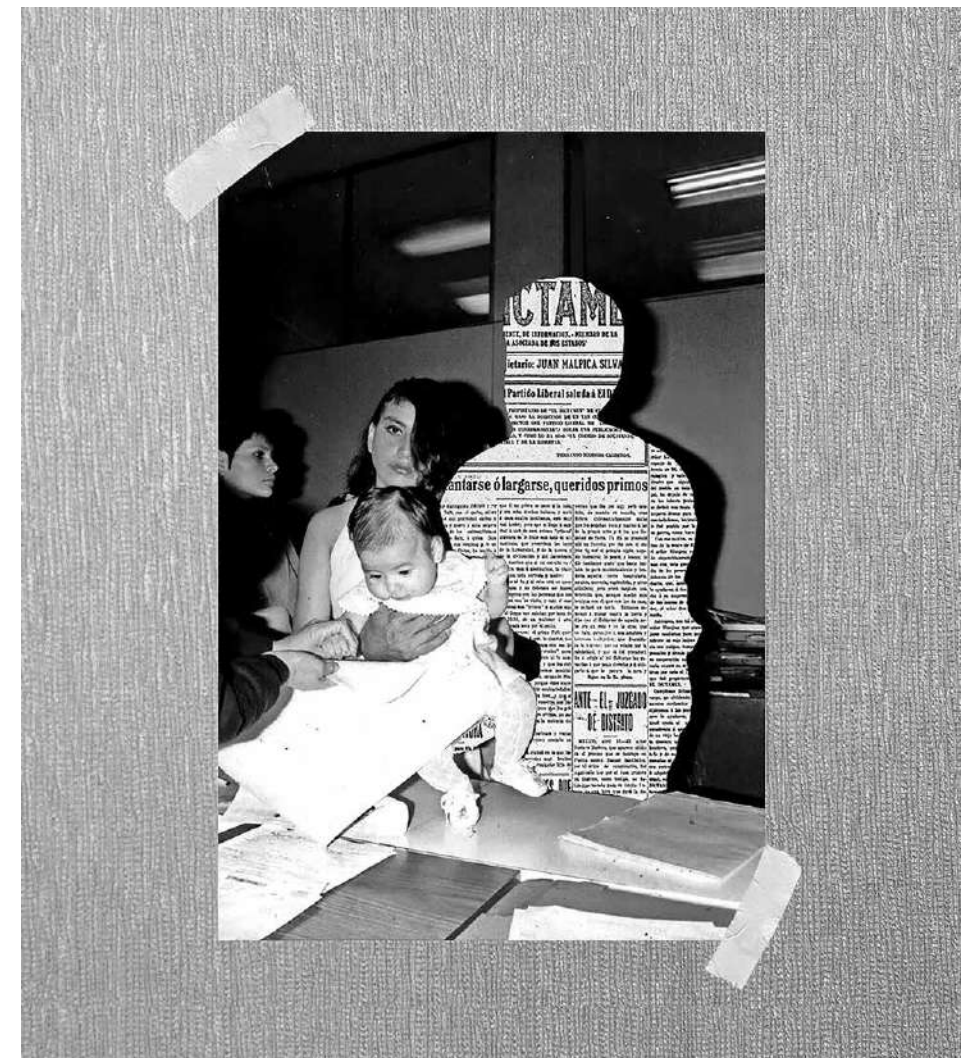
Hoy las cámaras tardan microsegundos en capturar un instante. Una cámara frontal en el celular nos permite controlar la historia que deseáramos narrar de nosotros mismos, mediante un balance de luz y tiempo de exposición perfectos. No necesitamos cubrir el rostro con pelo; un programa informático o una sencilla aplicación de nuestro teléfono inteligente borra las marcas, las imperfecciones e, incluso, el pasado. Si “la historia de los espejos —ensaya Andrea Chapela— es la historia de mirar(se)”, la historia de la *selfie* es la historia de cómo quisiéramos mirar(nos).

\*

Me pregunto si mi madre habría preferido una *selfie* en lugar de aquella foto; sentir que controlaba su vida. Pero no. Mi madre tampoco soporta las *selfies*. Como Sontag, piensa que: “La fotografía se propone como un modo de conocimiento: una manera de vencer al mundo con ingenio en vez de atacarlo frontalmente”. Su cabello venció con perspicacia la violencia de esos años, pero aquel ojo visible fue el único capaz de atacar de frente a los hematomas que su sexo la había condenado a ocultar.

\*

“La fotografía es una trampa porque nos regala un imposible: la ilusión de que uno puede apropiarse de lo observado al mirarlo”. ¿Por qué nos retrataron ese día de febrero? Sin duda, para conservar el instante en que mi padre se adueñó del cuerpo de mi madre y del mío al regalarme su apellido. Sin embargo, también habló su miedo. En el fondo, él supo que su poder era efímero: “Retratar algo por miedo a perderlo equivale a intentar detener el paso del tiempo. Usar una imagen como amuleto contra el cambio es intentar bañarse dos veces en el mismo río. El río no es el mismo y la persona no es la misma y el mundo no es el mismo” (Isabel Zapata).





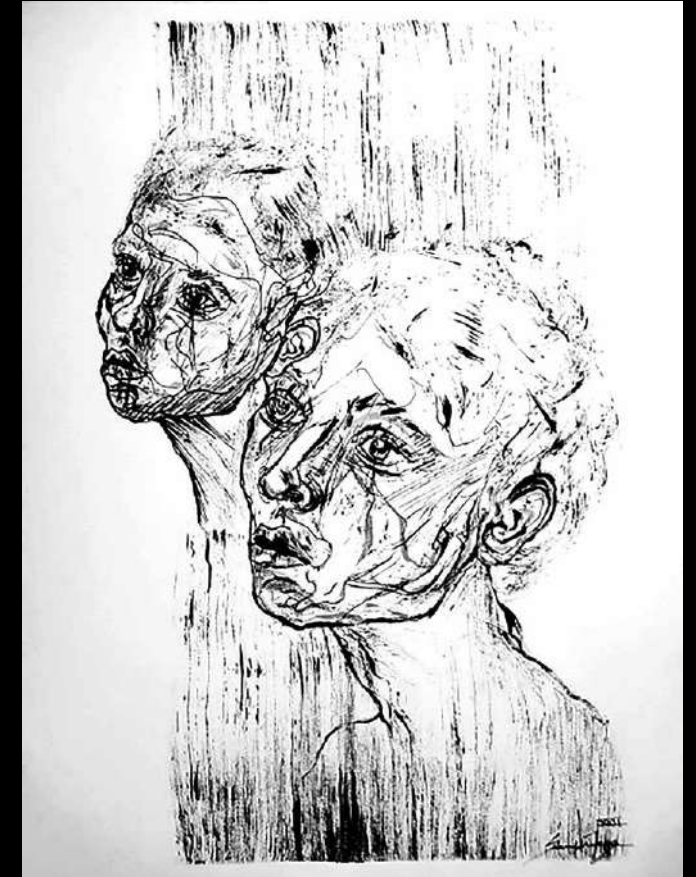
# Fallen Angels

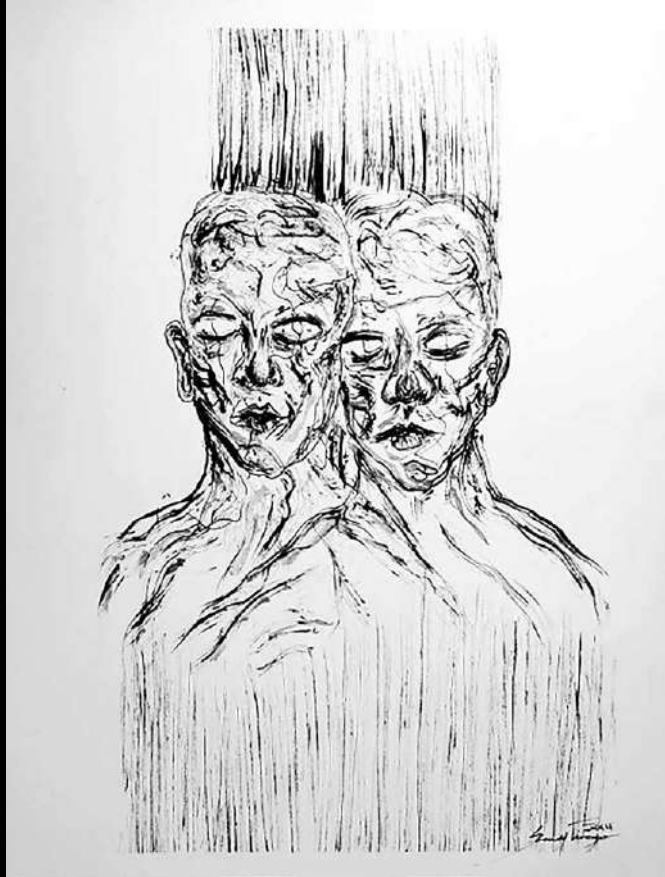
JORGE A. HERNÁNDEZ SANTIAGO

Gráfica: Primer premio



Todas las imágenes de la serie: tinta china sobre papel aplicada con plumilla y pincel, 25 × 32 cm, 2022



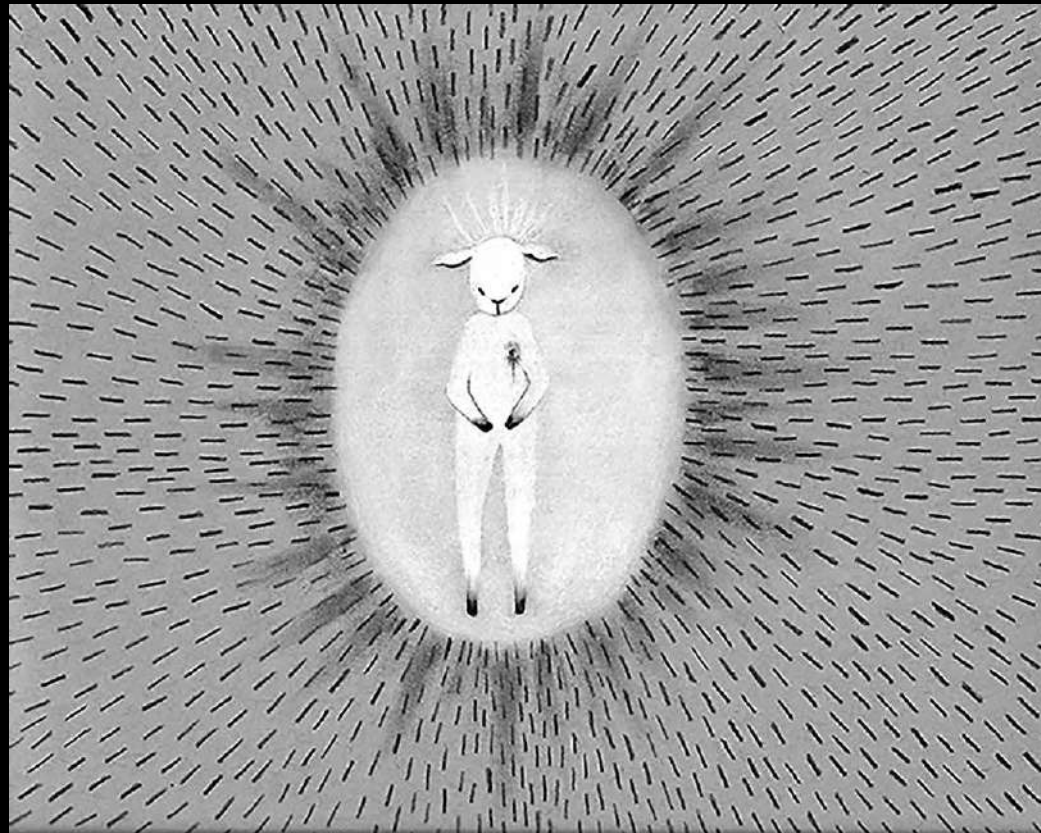




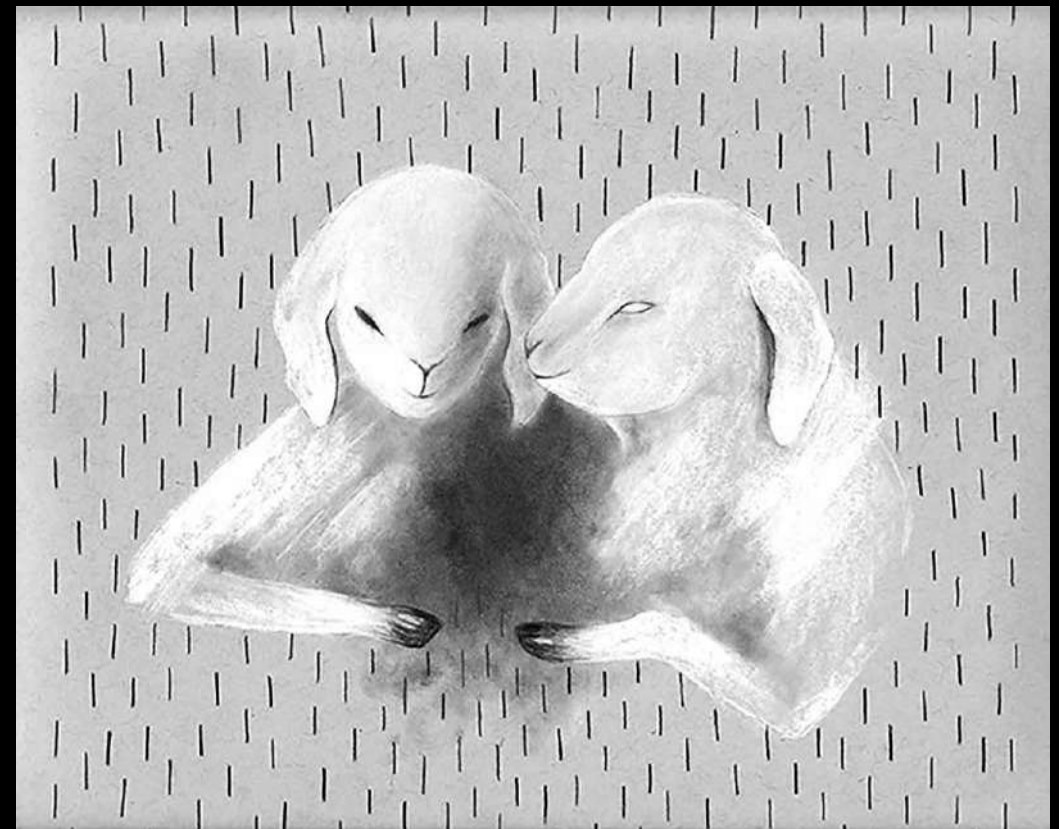
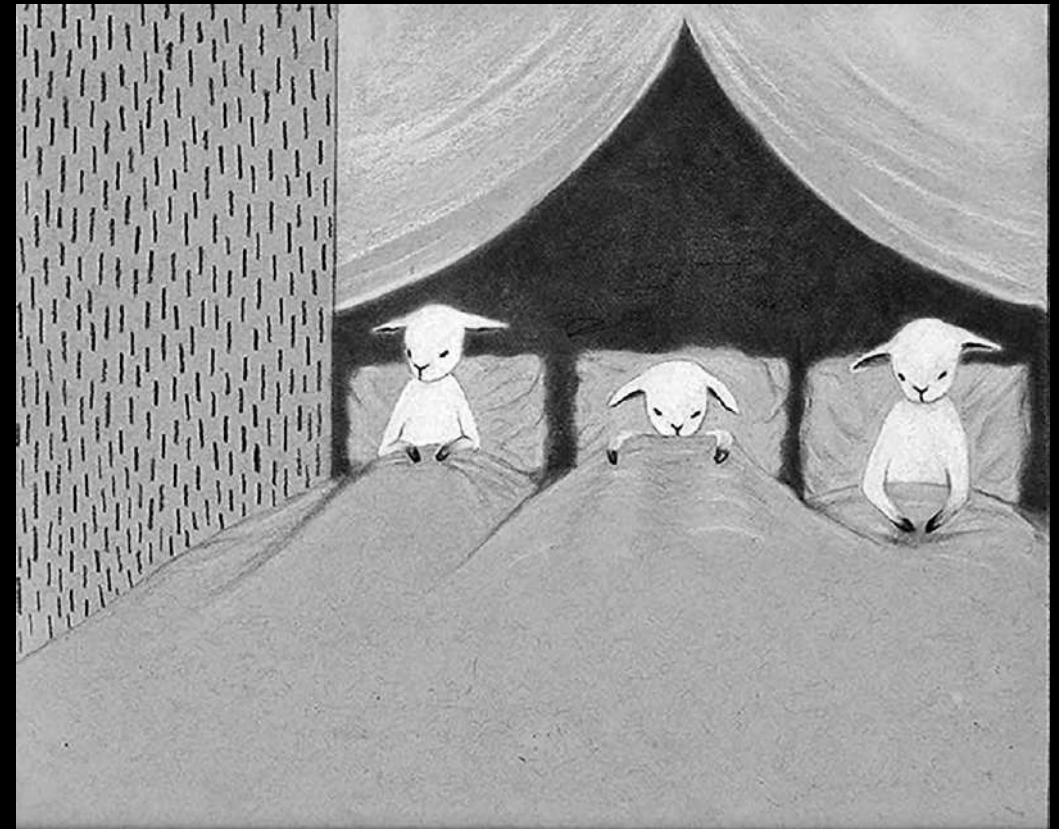
# De lo frágil e impoluto

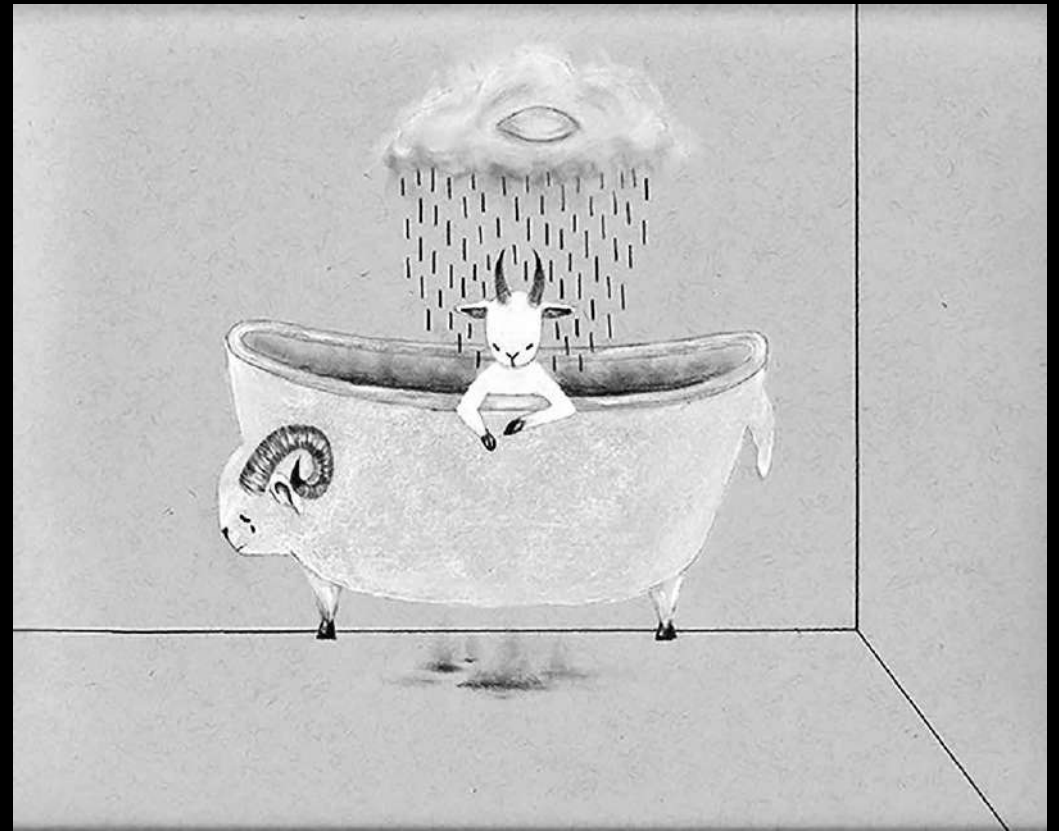
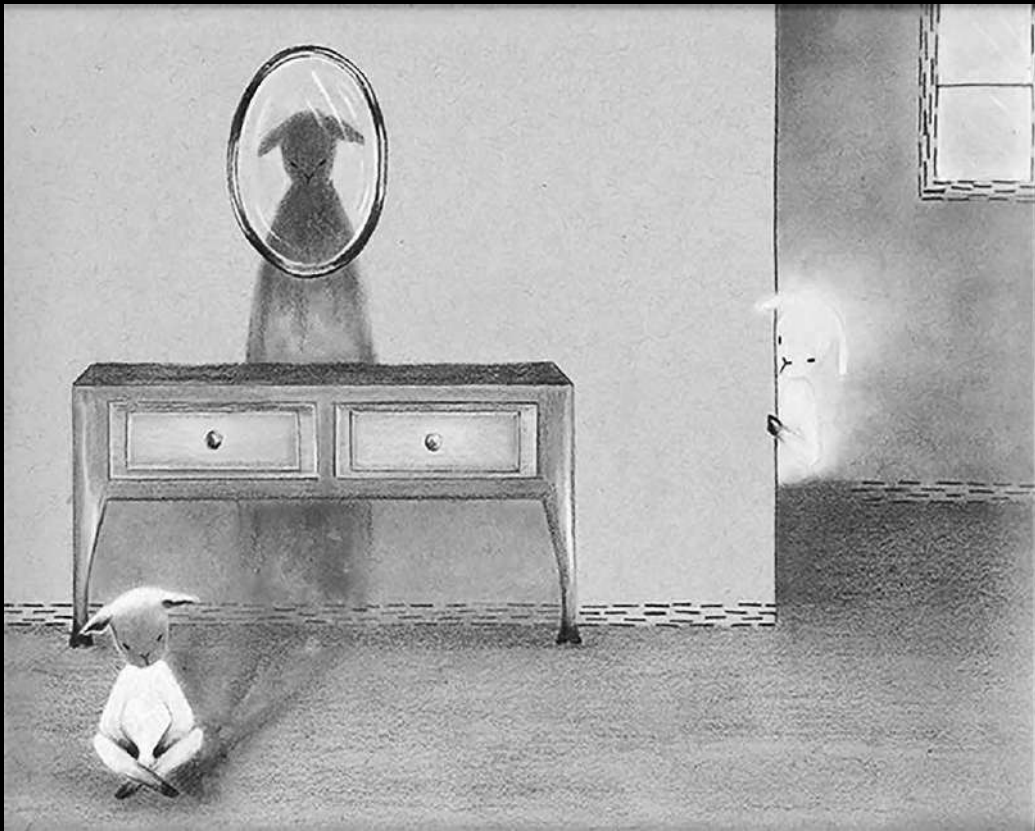
ARELY MIGONI

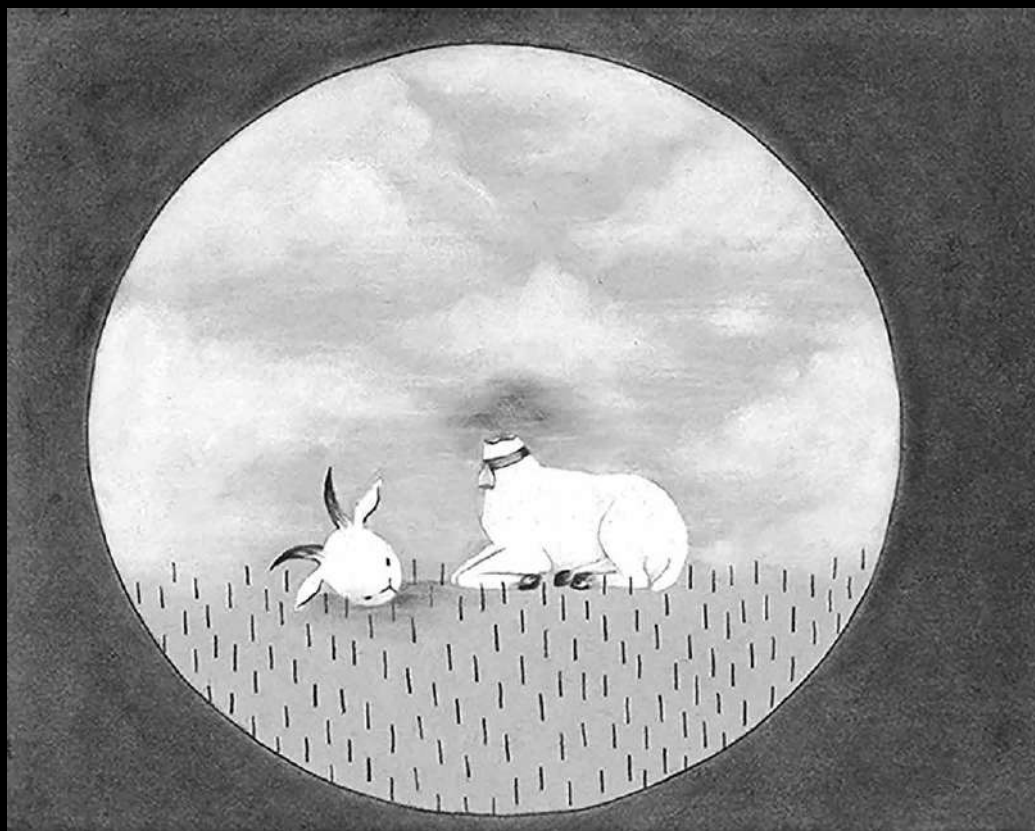
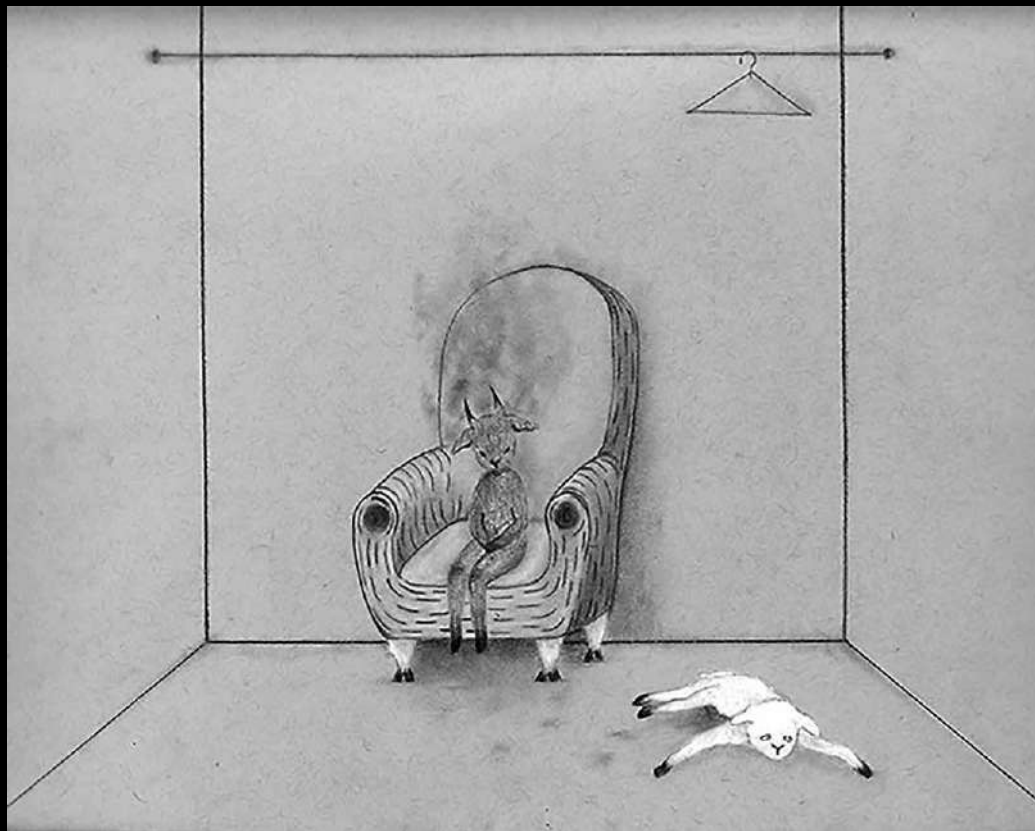
Gráfica: Segundo premio



Todas las imágenes de la serie: gráfito y pastel sobre papel, 22 × 30 cm







# Mátalas

MARIANA ROSAS GIACOMÁN

Cuento: Primer premio

—No mames que la estatua de Rigo Tovar no está en Guerrero.

—¿Por qué lo estaría, güey? Con todo respeto, güey, tú qué vas a saber de Rigo Tovar, eres un fresa de la lbero.

—Te vale verga, ¿no?

—Pero, si quieres, de regreso buscamos la mansión abandonada de Luis Miguel, más *ad hoc* contigo.

—¿Y nos metemos así, como si nada, a la verga?

—Pues sí, güey, no es como que vaya a salir el Luismi a regañarnos.

—Quién sabe, eh, chance su fantasma sí. Dicen que ese vato se murió en los 90.

—Órale, qué *trip*. Oye, ¿nos paramos en el Seven? Me urge una puta cheve.

Silencio. Silencio bendito por primera vez en 20 minutos que se han sentido como un par de horas. Lo único que lo interrumpe es el murmullo del aire acondicionado que no hace más que revolver el calor húmedo de la carcacha en la que estás. A través de la ventana del viejo automóvil ves al Gordo y el Flaco caminando por los pasillos de la tienda de conveniencia, cargados de cartones de cerveza y bolsas de Doritos, chicharrones, papas con queso y sin queso y adobadas y cualquier fritura que creen que puede suplir el desayuno. No estaría mal pedirles una botella de agua o bajarte a comprarla tú misma, pero quieres evitar que esto se haga más largo. Mientras menos se tarde ese par en regresar al hotel en el que tus amigas te esperan —seguramente con el Jesús en la boca—, mejor. Aunque un suero no te haría nada mal. La sed hace que te duela la cabeza, justo en las sienas, y el ruido de tus acompañantes hablando y escuchando a todo volumen una estación de música romántica antes de bajarse a la tienda no sólo aumenta el dolor, sino también tu mal humor.

Desde que iniciaron el viaje no han parado de hablar como dos merolicos que apenas reparan en tu presencia. Agradeces el silencio, pero también le temes, porque a partir de la ausencia del par de voces puedes decirte a ti misma lo que temías admitir: que te estás equivocando, que la estás cagando *monumentalmente*.

Sabías que la probabilidad de catástrofe era alta. Desde que se empezó a planear el viaje de generación se sabía que el propósito era desahogar todo el alcohol y las malas decisiones que no tomarían en la graduación, donde pasarían la noche posando y abrazando a sus abuelitas y sus padres de traje y corbata para las fotos. Sin embargo, superaste tu propia expectativa, porque por más que lo intentas no puedes recordar el nombre de tus dos acompañantes. Ni siquiera porque besaste largamente a uno ni porque tu intención original era conquistar al segundo, pasando poco más de una hora hablando a gritos por encima del reguetón que retumbaba en ese club oscuro y atiborrado. No recuerdas sus nombres aunque pasaste la noche en su cuarto de hotel al otro lado de la costa, mirándolos dormir, preguntándote qué dirían tus padres si algún día se enteraran. Y aunque llevas lo que se siente como una eternidad escuchándolos hablar, no das con sus nombres, se dicen “Gordo” y “Flaco” de forma indistinta aunque ambos son de complexión más bien mediana. En tu mente se llaman Julio y Tenoch, como los protagonistas de esa película mexicana que tus amigos te obligaron a ver en la Cineteca cuando fue su aniversario. No te gustó. Pero estos Julio y Tenoch son como esos Julio y Tenoch: alivianados, malhablados, con una amistad que parece llevar entre ellos toda una vida. Se parecen en que de vez en cuando dicen algo que te hace reír, aunque esos instantes se hacen menos frecuentes a medida que el auto avanza. Julio y Tenoch, el Gordo y el Flaco, regresan al automóvil y te extienden



una paleta helada: *pa' que ya sonrías*, dice uno. La atención que te dedican no dura mucho más después de esos segundos, ya que encienden su música de nuevo y retoman su conversación mientras manejan por la carretera.

—¿Entonces Luis Miguel es como Paul McCartney, que en realidad es un doble?

—Justamente. De hecho, por eso Luis Miguel antes tenía los dientes separados y ahora no.

—¿No crees que simplemente se los arregló?

—No, güey, es porque es un doble. Dicen que se murió de una sobredosis de cocaína en una fiesta en Los Pinos, justo cuando Salinas era presidente. Luismi y su grupo de amigos eran muy cercanos a sus hijos.

—¿A poco?

—Sí y de hecho dicen, diiiiicen, que, para que no se hiciera escándalo, pues no se hizo público y lo enterraron ahí mismo en Los Pinos.

Detrás de la ventana sólo hay un camino de árboles y a lo lejos el mar color turquesa. Cada cierta cantidad de kilómetros hay una gasolinera, una tienda, un anuncio de algún lujoso hotel en la ciudad más cercana. De no ser por aquellos indicios, pensarías que estás en medio de la nada. Nunca habías viajado sin tu familia. Te lo repites una y otra vez como si eso pudiera significar algo. Un consuelo, quizás, ante la incomodidad de la que no puedes distraerte. Aunque no puedes decir que extrañas los viajes familiares, esas odiseas repletas de peleas entre tíos, primos resbalando afuera de la alberca para abrirse la ceja y terminar en el hospital, paquetes prepagados de sesiones de fotos en la playa. Tus padres obligaban a todos a vestirse de blanco, lucir resplandecientes como ángeles tenistas y posar ante un fotógrafo experto en mal gusto. Después mandaban a enmarcar esas fotos de la familia entera riéndose en el atardecer, brincando, suspendidos en el aire durante un instante en el que lucen perfectos. El año pasado llegaron a hacer postales románticas con su foto tomados de la mano, dejando un camino de huellas sobre la arena detrás de ellos, como si no se hubieran lanzado la plancha y la cafetera en una de sus peleas dominicales. Por supuesto que no extrañas nada de eso,

sólo quizás a tu abuela, con sus joyas y sus vestidos, invitándote una margarita en los camastros bajo la condición de que no le dijeras a tu madre.

En la enorme manada que tienes de familia, tu abuela es la única que parece comprenderte. Incluso ahora, más grande y enferma, la complicidad mutua sigue ahí como una promesa intacta. En esos viajes a veces elegías compartir habitación con ella, y por las noches te regalaba un par de sus largos cigarros para fumar juntas en la ventana, y ella era sólo ella y tú eras tú, en una felicidad incapturable para los fotógrafos por los que tus padres gastaban miles de pesos cada verano. Estás segura de que el opuesto perfecto de la fotografía familiar que hasta la fecha decora la sala de tu casa es la fotografía del día que llegaste a este viaje. Todos tus amigos tumbados en la arena, con trajes de baño brillantes y las letras dispares entre dos castillos de arena: Generación 2019. En las mochilas colgadas a su espalda hay una botella tras otra de todo el alcohol existente. Colillas de cigarros, condones, mota esparcida entre todos los objetos. Generación 2019: todos pintándole dedo a la preparatoria de la que recién salieron. Generación 2019: *fuck you*.

—¿Te imaginas la cantidad de cadáveres que han de estar enterrados en Los Pinos?

—Deja tú en Los Pinos, güey, en Palacio Nacional y en las secretarías.

—No mames, sí.

El cuero de los asientos se pega al sudor de tus piernas y la paleta helada de limón empieza a derretirse en tus dedos. Sabes que cuando llegues al hotel donde se hospedan tus compañeros de la prepa lo primero que harás será bañarte y tomar un litro de agua, quizás al mismo tiempo. Te sientes pegajosa y mientras el aire que se cuele por la ventana te despeina, te imaginas que en tu cara y en tu cuello aún está la marca invisible de la saliva de Tenoch y sus labios partidos. Te preguntas si alguien cuestionará tu ausencia o si alguien además de tus amigas la habrá notado. Desde que se despidieron del largo grupo de padres en el aeropuerto cada quien hizo lo que quiso. En las noches nadie dormía, tus amigos entraban y salían de los cuartos hasta la madrugada,



Mónica Herrera Quant. Autorretrato



unos regresaban de antros, otros brincaban la barda del hotel para meterse a la playa y tomar cerveza frente a la negrura del mar nocturno. Algunos huéspedes se quejaron de tres chicos que les tocaban la puerta a las seis de la mañana pidiendo un encendedor.

—Dicen que en los sótanos de Gobernación torturaban a los estudiantes en los 70.

—¿Y crees que ahí sigan?  
—Obviamente.

El calor aumenta, se vuelve denso, pesado, te causa co-mezón. Sacas tu celular para revisar el clima y te das cuenta de que casi no tienes batería ni señal. Un le-trero blanco aparece en la pantalla: *la temperatura del teléfono debe disminuir para poder utilizarlo*. Te imagi-nas el vidrio de la pantalla quemándose por la luz del sol que entra por la ventana y te apunta sólo a ti, con saña, como si lo hiciera a propósito. Tus acompañantes

no parecen sentir el sol quemante sobre sus pieles bronceadas. Tienen prisa, te das cuenta por la agresividad con la que Julio gira el volante y esquivo los obs-táculos en el camino. Sin embargo, nada parece indicar que estén cerca del hotel. Tras la ventana sólo hay carretera eterna, mar lejano y un cielo que al horizonte comienza a nublarse.

—Pero ¿qué pasa cuando llegan gobiernos de otro parti-do? ¿Por qué no denuncian algo como “güey, estamos trabajando sobre una alfombra de cadáveres rancios”?

—Es como el Área 51, ¿sabes? Un secreto que se van pasando de presidente a presidente.

—¿Qué de la verga.  
—Pues sí, pero ¿cómo los sacarían? ¿Y a dónde? Sería demasiado llamativo, no creo que alguien quiera arries-garse.

—Además, ya están ahí, en el lugar más confidencial.  
—De la verga.

Alguna vez, en uno de los viajes con tu familia, tu abue-la te preguntó si tenías novio. Contestaste que no y ella te dijo que tú eligieras a los hombres, en lugar de per-mitir que ellos te eligieran a ti. Te preguntas si escogiste a Julio y a Tenoch. Llamaron tu atención desde el mo-mento en que los viste reír en la barra, con sus camisas blancas y su pelo largo, una cabeza rubia y otra casta-ña. Parecían siameses, hermanos idénticos que podían leerse la mente el uno al otro. No intercambiaron nin-guna palabra entre ellos al mirarte y caminar hacia ti. Ellos te eligieron, te envolvieron mientras bailaban contigo y te daban vueltas, se reían, te acariciaban el cuello. No eran las mismas personas que las que ahora están frente a ti, manejando rápido para dejarte lo an-tes posible y volver a sus vacaciones, quizás para esa noche elegir a alguien más.

—¿Tú dónde esconderías un cuerpo?  
—¿Sólo uno?  
—Sí, sólo uno.  
—En un lago, ¿no?  
—Ves muchos documentales gringos, güey.  
—Ay, pero ¿en un lago quién lo va a encontrar? Por eso es la vieja confiable.  
—“La vieja confiable”, ja, ja, ja, estás bien pendejo, güey.  
—¿O no?  
—A huevo, sí.

Quieres bajarte. La sed se ha vuelto casi insoportable y ahora la acompañan unas ganas dolorosas de orinar. Quieres bajarte porque algo en la forma en la que Julio maneja te asusta. Algo en la conversación te asus-ta. Piensas en ella otra vez, en tu abuela, un consejo constante que te daba desde que eras niña: escucha tu instinto. Revisas el celular otra vez: *la temperatura del teléfono debe disminuir para poder utilizarlo*. Afuera hay más de lo mismo, una nube gris creciente y señaliza-ciones con nombres que desconoces. Julio y Tenoch hablan, pero te imaginas una segunda conversación dentro de sus cabezas. En ella los siameses se rien de la forma en la que los mirabas la noche anterior y de la escena de los tres bailando como en esa película, *Y tu mamá también*, que seguro ambos adoran. *Te la diste,*

*güey, qué asco*, le dice Julio a Tenoch en ese diálogo imaginario y ambos sueltan una carcajada cruel. Pero eso no importa más. Tienes sed, una sed insoportable con la que no puedes tragar saliva. El recuerdo de la paleta helada en tu boca produce un sabor a plástico perfumado en tu paladar. Y la cabeza, la cabeza te pun-za y te hace sentir que algo se encoge dentro de ti, como si tu cerebro fuera a reducirse a polvo. Quieres bajarte en este instante, pero cuando vas a abrir la boca por segunda o tercera vez en todo el camino, Tenoch sube el volumen del radio donde empieza una can-ción de mariachis que te suena familiar. La voz de los siameses, del Gordo y el Flaco, imitando a Alejandro Fernández se vuelve más fuerte que tus pensamientos.

*Consigue una pistola si es que quieres*, cantan al unísono. La sed te pica la garganta. *La temperatura del teléfono debe disminuir para poder utilizarlo*. Quieres bajarte y afuera no hay nada.

*O cómprate una daga si prefieres*, siguen, mientras le-vantan los brazos tocando violines imaginarios. Te due-len los ojos como si alguien los hubiera golpeado. Tu boca arde, la vejiga llena también. Escucha a tu instinto, recuerdas, ¿cuándo fue la última vez que lo hiciste? Si es que alguna vez lo has hecho. Quieres bajarte, quieres bajarte ahora mismo, pero afuera no hay nada más que carretera y maleza, un mar lejano.

*Y vuélvete asesino de mujeres*, canta Tenoch y se ríe. Ves en el retrovisor su sonrisa de dientes afilados en los que no habías reparado antes. Dientes grises, puntiagu-dos, que contienen a una lengua blanca por la mezcla de cigarros sin filtro y cerveza. No puedes creer que besaste esa boca seca, casi obscena, y que aquella lengua pas-tosa recorrió tu mejilla hasta tu oreja para sisear como una serpiente y decirte que esa noche lucías como una reina, *mi reina, reinota*. Sentiste un cosquilleo entre las piernas, más por adrenalina que por placer, y miraste a tus amigas sonriéndote del otro lado del bar. Les guiñaste el ojo antes de colgarte en los hombros de aquel des-conocido. Recuerdas su camisa abierta por debajo del pecho, y el frío de su cadena de plata rozando tu esco-te. La piel de Tenoch ardía, empapada como si sudara alcohol, gasolina, veneno. Sus manos subían y bajaban por tu cuerpo flaquísimo esperando encontrar algo de



carne a la cual aferrarse, sin éxito y sin importar robar la atención de un par de mesas en el bar que sólo los miraban a ustedes. No pensabas nada. Tampoco pensaste nada al momento en que salieron del bar tomados de la mano y se instalaron para continuar el beso en los asientos traseros de un taxi. Julio, adelante, dormitaba. *Estamos medio lejos*, te dijo Tenoch en un susurro, *¿no importa? Mañana a primera hora te regreso con tus amigas* —quienes a su vez te prometieron antes de que te fueras que te mandarían mensajes y estarían al pendiente de ti—, *el otro imbécil y yo tenemos un coche que nos prestaron. Tú no tienes que preocuparte por nada, reina*. Tú no tienes que preocuparte por nada.

Julio y Tenoch hacen una pistola con los dedos y apuntan al cielo que ya comienza a nublarse. *¡Mátalas!*, exclaman. Sientes escalofríos. *¿Quién escribió esa canción? Con una sobredosis de ternura*, siguen cantando. Piensas en tu abuela, en ella en uno de esos restaurantes que le encantaban porque le recordaban a las películas de Jorge Negrete. Los mariachis iban de una mesa a otra, pero parecían siempre querer quedarse en la suya, halagados por la atención que ella les prestaba. Después tus padres pelearían por algo —seguramente por la exagerada cuenta— y la música se detendría. Antes de irte de aquella ex hacienda, pagarías 20 pesos para que un canario enjaulado sacara de una cajita un pequeño papel con tu fortuna. Fue precisamente saliendo de una de esas comidas que tu abuela te dio su consejo favorito, que tú eligieras a los hombres y no ellos a ti. Le había copiado aquella frase a la única diosa que adoraba: María Félix. Tú no elegiste a Julio ni a Tenoch, pero aceptaste irte con ellos, caminar de puntitas por el pasillo de su hotel y cerrar con cuidado la puerta de su habitación. Julio se quedó fumando en el balcón para darles privacidad a su amigo y a ti, que se besaban tropezándose en la oscuridad. Tenías miedo, ya no había música retumbante que te hiciera distraerte de tus pensamientos, de la duda intermitente.

Tenoch se acostó bocarriba sobre el cobertor de su cama individual. Se desabrochó el pantalón y antes de que pudieras subir a la cama escuchaste un golpe en la puerta. *¿Escuchaste eso?*, le preguntaste a Tenoch, que balbuceó que seguramente no era nadie. De todas formas te dirigiste a la puerta, al abrirla no había nada

más que la soledad de ese pasillo polvoriento y a la distancia las puertas cerradas de las habitaciones donde huéspedes invisibles dormían profundamente. Ahora, más sobria que cuando llegaste, el lugar te parecía inquietante. La pintura de las paredes repletas de moscos y arañas empezaba a caerse. La luz era opaca, casi gris. Pensaste en tus amigas y en cuánto te hubiera gustado estar con ellas en ese preciso momento, riendo tumbadas en la misma cama mientras repasaban los acontecimientos de la noche. Cuando regresaste a la habitación —con pasos lentos que deseaban aletargar el momento— te encontraste con Tenoch, dormido como un niño pequeño, víctima de todo el alcohol que había tomado, quizás para impresionarte o por el placer que le causaba el ardor líquido en su garganta. Tenía la boca semiabierta, el pantalón aún desabrochado. En tu mente le diste las gracias a Dios.

Miras a tu alrededor, no sólo no sabes dónde estás, sino que te da la impresión de que no te están llevando a donde quedaron la noche anterior. El camino ha dejado de parecer un vacío, ahora hay algunos locales, casas, hostales, gente caminando por las banquetas rotas. No se parece a nada que hayas visto en tu viaje. Los amigos cantan mientras le dan tragos a sus cervezas, ahora tibias, y tú sólo piensas lo peor de lo peor. Imaginas a tus compañeros de la prepa respondiendo las llamadas de tus padres, arruinando el resto de sus vacaciones para explicarles que no sabían con quiénes estabas ni dónde, que tu celular no recibía mensajes. Imaginas a tus padres eligiendo una foto tuya, una en la que no pareces tú porque el fotógrafo retocó tus ojeras y blanqueó tu piel. Una gota de orina moja tu ropa interior en el momento en que el coche da una vuelta pronunciada. Sientes que tu vejiga arde al igual que tus riñones, tu hígado, tu estómago entero. Las palabras no logran salir de tu boca seca que quiere pedir ayuda, pero no sabe a quién. *La temperatura del teléfono debe disminuir para poder utilizarlo*. Sientes otra gota entre tus piernas, Julio y Tenoch manejan cada vez más rápido y piensas cada vez lo peor: la foto de ti vestida de blanco pegada en carteles por toda la costa; tus padres llorando, tu abuela muerta al enterarse. Y es entonces que, como si fuera un milagro, el auto se detiene un instante. ¿Todo



Daniela Santella "Skullflower". Resistir

bien atrás?, pregunta el Flaco con una sonrisa. Es la primera vez en todo este rato que te voltean a ver. Y ves a dos chicos que no rebasan los 20 años, que aún tienen cara de niño, que parecen salidos de la misma preparatoria católica que tú. Tus mejillas arden de la vergüenza de habértelos imaginado como dos asesinos esperando a que un cuerpo, el tuyo, terminara de hundirse en un lago podrido. *Todo bien*, les contestas, y tu cara se quema de pena contigo misma, con tus prejuicios mochos y tal vez clasistas que confundiste con instinto. La canción de los mariachis ha terminado y ahora una locutora da consejos de amor, del amar y el querer, de la vida sana en pareja. Tu celular vuelve a responder, pero sólo le queda un suspiro de batería. Te has distraído de la sed, pero el dolor de cabeza y el ardor en la vejiga permanecen, al igual que el camino que no parece llegar a ningún lado. Te sientes más tranquila, te aclaras la garganta y te acomodas en el asiento para, por primera vez, tener la iniciativa de decir algo, pedir

que se detengan un momento, pero al hacerlo escuchas el clic inconfundible del seguro del coche. El auto acelera. En el instante en el que te das cuenta, tus piernas y el asiento trasero se han empapado de toda el agua y la cerveza retenida dentro de ti, y tu piel se eriza por la certeza de que los consejos de tu abuela fueron siempre premonitorios. **P**



# Mariantonieta

OSVALDO O. ROMERO

Cuento: Segundo premio

Yo también quisiera sudar. Sentir cosquillas en la planta del pie o en las axilas, comezón en mi corteza. Desearía que alguna vez me picara un mosquito o sentir el aguijón de una abeja. Me conformaría con derramar una lágrima cuando el día se tornara gris y despintarme esta falsa sonrisa. Ojalá me creciera el cabello para que las trenzas me llegaran a la cintura o, por lo menos, que me brotaran hojas y raíces de nuevo. ¡Este pensamiento arbóreo! ¡Yo no debí ser Mariantonieta!

Les cuento: nací de los restos de un oyamel que fue talado ilegalmente en un bosque de Amecameca. Vi la luz por primera vez en el taller de un artesano. Mario nació unos días después que yo. Una noche, luego de un mes, nos vendieron juntos en la feria del pueblo a un exdramaturgo que nos dio casa, empleo y que dirigió los hilos de nuestras vidas casi todo el tiempo. Fuimos actores en su pequeño teatro hasta el día de la tragedia. Hui. ¿Cómo quedarme? Nunca volveré a ser la misma.

La mayoría de las veces gozaba ver mi sonrisa reflejada en el rostro de los niños. Supongo que Mario prefería los aplausos. Nuestra comedia en tres actos consistía en sus aventuras para conquistarme. Y siempre lo conseguía. Seguro que muchas niñas suspiraban por él. Guapo, moreno y bigotón. Tallado del mismo árbol. Al final del segundo acto había un entremés. Salía a escena el Todojunto: un paje gordo y chaparro, de aspecto desparramado, nariz enorme y más enorme aún por su enorme grano. Parecía no tener cuello y estar todo junto. Él llegó acompañando al dramaturgo desde España. Interpretaba su pieza a la perfección. Era la historia de un paje muy preocupado porque debía preparar la cena de un rey y no sabía cocinar. Arrancaba las sonrisas de los pequeños mientras Mario y yo nos cambiábamos de vestuario en el foso.

Uno frente al otro, sin división alguna. Me sentía reverdecer cuando su mirada tocaba mis pechos. Estoy segura de que él sentía lo mismo en su cuerpo. Para el último acto yo me cambiaba el vestido por uno color blanco y él se ponía un traje. Siempre me enamoraba con una serenata al final de la obra. Yo, luego de tirarle encima un balde de agua helada, bajaba de mi balcón a darle un beso y se cerraba el telón.

Nos presentamos en distintos lugares. En parques, avenidas, escuelas, mercados, iglesias, ferias, circos. Todos los días, las manos que tiraban nuestros hilos nos impulsaban a buscar un nuevo público con el fin de ganar unas monedas. Nuestro jefe era un ser vicioso que casi todas las



Jorge Ponce. Marionetas

noches se empinaba una botella al cobijo de dos mujeres parecidas a mí. Las golpeaba la mayor parte de la noche. Luego, completamente ebrio, se recostaba entre ambas y les acariciaba los senos. Si pudiera acostarme así, abrazar a Mario y sentir la tibieza de su cuerpo, sería un incendio forestal andante. Pero no he sentido más que la astilla de sus besos antes de que cierre el telón. A veces tibios, otras más helados, ¿se habrá hartado de mí? ¿De mis labios?

Cuando ya no hubo más esquinas nuevas, más escuelas, más iglesias ni nuevos parques, todo comenzó a desmoronarse. Si teníamos suerte, el rostro de algún niño conocido venía a vernos, alguna paloma, un perro, de vez en cuando uno que otro gato y, a veces, una pandilla de ratas. Si el patrón no amanecía borracho, tenía una resaca de los mil y un demonios. No se tomaba el tiempo de montar nuestros ensayos. No lavaba nuestra ropa. No había vestuarios nuevos. Mucho menos otra obra. Nos volvimos cotidianos. La gente se aburrió de nosotros. Las monedas que recibíamos eran caridad de sujetos que ni siquiera se detenían a apreciar nuestro trabajo. Eso no le gustó al jefe y, entonces, tuvo una brillante idea.

No sé qué pensó Mario. Debió agradarle. Igual todos los hombres son unos borrachos. Sin duda al Todojunto debió parecerle una maravilla. Al tener que presentarnos en pulcatas y cantinas, él pasó de ser un entremés



a ser el protagonista. Y ni siquiera existía un guion, el jefe no se tomaba la molestia, lo único que se tomaba eran varios mezcales, colocaba un tabaco tras otro en la comisura de su boca y comenzaba a improvisar. Pasamos de ser actores de teatro a unos simples juglares. Y Mario y Todojunto a veces se las daban de trovadores. Pero yo no soy tonta. Soy consciente y tengo ojos. Pasamos a ser entretenimiento barato. La paga era alcohol y cigarros. Yo ya no era una dama. Entre el jefe y los otros dos ebrios me maltrataban. Abusaban de mí en pleno escenario. Y a los mundanos espectadores les gustaba. Parecía excitarles. Al final del show el escenario era un desastre: si no terminaba vomitado, alguien lo usaba como cenicero y, casi todas las noches, éramos testigos de una trifulca entre todos los hombres. La noche de la tragedia no fue distinta.

Nuestro jefe terminó la presentación, nos arrumbó en una esquina y fue a saciar su sed a la barra. Mientras estaba distraída, un sujeto hediondo me tomó por las trenzas y me llevó con él al baño. Me puso sobre el retrete y, mientras se desabrochaba los pantalones, comenzó a hablarme al oído.

—Ahora sí, Mariantonieta, mi muñequita linda. Vas a ver lo que es bueno.

Y comenzó a frotar su pedazo de carne contra mi cuerpo. Luego de algunos minutos me ensució el vestido. Encendió un cigarro. Afuera ya había comenzado la pelea de cada noche. Esta vez la había iniciado nuestro jefe.

—¡Que me han robao! ¡joder! ¡Que me han robao! —decía.

Y se escuchaba el vocerío de las bestias, las botellas estrellándose contra la pared y al cantinero intentando apaciguar la situación. Cuando aquel hombre me devolvió al escenario, arrojó su medio cigarro conmigo. El fuego alcanzó el telón y por primera vez sentí el calor muy cerca de mi cuerpo. Nadie le dio importancia. Las llamaradas se extendieron por el escenario. Subieron por el cuerpo del Todojunto y de Mario. ¡Mi Mario! Intenté moverme, pero no pude hacer nada. Me dolía el cuerpo y eso a lo que llaman alma. La lumbre besó mi espalda, mi cuello, de a poco consumió mi vestido y los hilos a los que estaba atada. Fue el cantinero quien nos arrojó una cubeta de agua para que de paso no nos lleváramos la cantina.

La pelea siguió un buen rato hasta que estuvieron exhaustos. Casi todos se largaron a rastras. Nuestro jefe estaba tumbado en el piso, molido, hecho polvo, como el teatro y dos de sus marionetas. Yo me sentía cada vez más deshecha y al mismo tiempo más liviana, con más soltura. Me sentí tan ligera que pude girar la cabeza hacia ambos lados, subir los hombros y mover las manos. Un borrachito con el hocico roto balbuceó desde una esquina, aterrado, que la muñeca estaba embrujada, que se movía. Pero sólo era yo, Mariantonieta, que me había puesto en pie y que me iba. 📍

# La línea recta del sonido

ANDRÉS SEGOVIA

Poesía: Primer premio

Una línea es:  
un círculo enfermo  
mil millones de líneas apretadas  
en un angosto espacio  
Yoko Ono

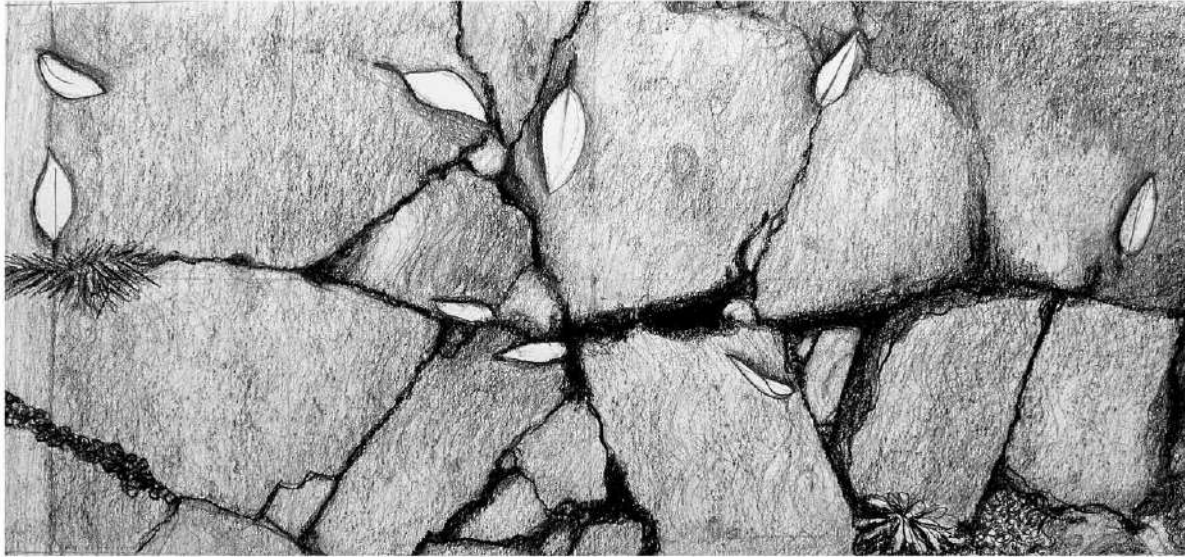
I

En una cinta magnética  
grabé el sonido de una piedra  
envejeciendo

no había gente alrededor  
sólo un par de caracoles  
y un gusano verde  
en la punta de sus antenas.

Lo que obtuve fueron dos notas  
una aguda  
como el sistema nervioso  
y otra grave  
como el flujo sanguíneo.

Cuando regresé a casa  
apunté en mi diario  
el descubrimiento:  
*incluso el derrumbe  
puede ser una bendición.*



## II

La lluvia se transforma en peras

la montaña empírica crece  
se alimenta de rocas que articulan  
un lenguaje no muy bello.

Un mamífero se asoma desde lo alto  
Un mamífero  
que tuvo a dios bajo el martillo.

## III

El cráneo de un tricerátops  
se deshace en el cielo.

## IV

La música nace  
de cientos de kilómetros  
de tierra analizada

en su andar oscuro  
y de país inconsolable.

Las notas que se  
anudan y tropiezan  
son las que más viven.

Un arpegio es sinónimo de huida  
y la huida, el centro de toda creación.

## V

El cerebro  
descansa en el hogar  
de los pájaros.

La cima  
es una hoguera  
verde.

## VI

La inteligencia es un cono afilado

una descarga eléctrica  
en el lóbulo temporal derecho:

el único sonido que existe en mí  
es el sonido de la mente.

## VII

El corazón de una rana  
tiene forma de ciruela.

En su mínima expresión,  
el anfibio finge amar  
a otros animales.



Él nunca morirá de amor.  
Su cuerpo es un regalo  
bajo la tierra.

### VIII

Los pensamientos no surgen  
para ser recogidos y apreciados,  
sino para dejarlos caer  
como si estuviesen vacíos.

Los pensamientos no surgen  
para ser recogidos y apreciados,  
sino para dejarlos caer  
como si fuesen madera podrida.

Los pensamientos no surgen  
para ser recogidos y apreciados,  
sino para dejarlos caer  
como si fuesen una cinta  
desintegrándose.

### IX

A menudo dios  
se desprende de un árbol.

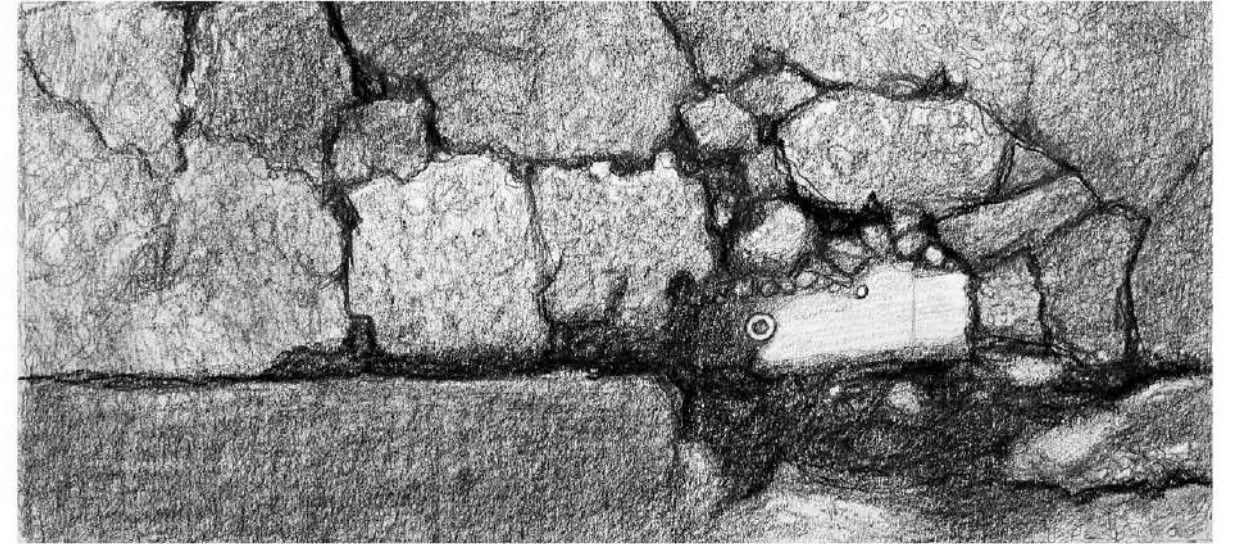
En su rostro las comisuras  
forman un jardín japonés.

Cadencia y satori.

El ritmo también es fe.

### X

Libélula y hexágono:  
tres mil Li 禮




### XI

Diez mil kilómetros de distancia  
hasta la próxima nota.

Andar es oír con los pies.

### XII

*Formes frustrés* significa:  
todos los fallos son hermosos.

 Marisol Cosmes Guzmán. De la serie  
*Estudios de hendiduras (Variaciones para  
conformar una línea recta)*



# Bodegones

CARLOS DEL CASTILLO

Poesía: Segundo premio

*Ahora mismo, en este enmedio de todo, te  
estoy haciendo una pregunta inmensa: este  
libro.*

*Y no contestás.  
María Negroni*

[De perfil]

## Descripción

Su belleza residía en la forma en que  
mostraba  
su existencia. Nombrada por sí misma,  
una separación entre los dientes.  
Exacta, cuando decía su cariño  
y de la talquera en el buró  
apenas la más nítida.  
Se reía, desde el fondo de su angustia,  
toda ella luminosa.  
Cuando degustaba en su escritorio,  
esas raspas de a litro  
de vainilla con lechera por los bordes,  
quizás ubicua. Porque nunca dulce.  
¡Se le transparentaba tanto su fuga!  
Líquida hasta en las manos  
que repartían perfumes  
y que se rompían. Esas que escribieron:  
“Tener la buena voluntad en todo”.



Trilce Zúñiga Loya. Del cómic *El hombre triste*



Porque cargaba su memoria, aérea  
y frágil, como ninguna otra flor.

Su nómeno residía en la forma en que  
mostraba  
su lenguaje. Nombrada por sí misma,  
una separación entre las fórmulas.  
Alargada, cuando decía su estructura  
y de la racionalidad en la imagen  
apenas la más concreta.  
Se reía, desde el espacio de su evidencia,  
toda ella mexicana.  
Cuando comía en su axioma,  
esa intermitencia de a mundo  
de apariencia absorta en la lectura,  
quizá tuberosa. Porque nunca en-sí.  
¡Se le transparentaba tanto su semiótica!  
Bulbosa hasta en las lindes  
que repartían causalidad de sustancia  
y que se rompían. Esas donde cantaba:  
“Tener la sistemática inmanencia en todo”.  
Porque cargaba su presente, desagradable  
y blanco, como ningún otro poema.

Sus pétalos residían en la forma en que  
mostraba  
su aroma. Nombrada por sí misma,  
una separación en la inflorescencia.  
Ecléctica, cuando decía su bulbo  
y de la fragancia en el tallo  
apenas la más deductiva.  
Se reía, desde la cosecha de su embudo,  
toda ella en partes.

Cuando comía en su longitud  
esas podredumbres de a brote,  
de líquidos verdes por las temperaturas,  
quizás ajena. Porque nunca sésil.  
¡Se le transparentaba tanto su pistilo!  
Fenomenológica hasta en las hojas  
que repartían especies de géneros  
y que se rompían. Esas donde argumentaba:  
“Tener la exacta morfología en todo”.  
Porque cargaba su claridad, consciente  
e inerte, como ninguna otra cosa.

### Definición

En este diccionario  
hay un pequeño cúmulo de acepciones  
para “abuela” que implican negación.  
No me pondré a reflexionar  
sobre cada una de ellas. Lo cierto  
es que por ningún lado asoma la palabra “dolor”  
o el concepto del “descorazonamiento”.  
Tampoco aparece mención alguna  
de la economía  
o las fallas gastrointestinales.  
La palabra “abuela”, pues, no es una palabra  
que devenga íntima o compartible. Ese rasgo  
común que enlaza amor y muerte. Ese  
puente que eterniza la infancia  
desde la degradación de un rostro tuyo.  
Tuyo por impropio y terso.  
Nadie escribe de la abuela, sino  
desde el silencio y la distancia que guarda,



como impronta hereditaria,  
la ternura  
del no entenderse.

### [Frontal]

#### Apariciones del tú

Y reúno formas para hablarte, desde mi desempleo total, desde lo roto.  
De las vías cristalizadas en las que me comunico con los demás  
a través de mi práctica, de mi oficio, de mis habilidades empuñadas como  
metáforas de lo mío.

Pensarás que tu recuerdo es un escrito deshecho, pero no. Todavía  
estoy en vilo de tus inclinaciones. Un retrato es lo que veo todos los días.  
Un retrato tuyo, infantil, sobre los cactus y las suculentas.  
Ahí te tomo, lejana en tu visión más otra. Qué bella eras  
al fingir extrañamiento. Al ser fotografiada en tu primera comunión.

Pero no estás. Y claro que las cosas han cambiado, pero todavía lo recuerdo.  
Un susurro, un pitido de catástrofe. Llegabas a la casa y te volteábamos a ver.  
Pedías y demandabas silencio. Con ese modo tierno, como el de las hojas blancas.  
Lo pedías y demandabas, con tu mirada. Y después salíamos a tomar el fresco.  
Como si existiera.

Nos sentábamos en el pasillo, ese pasillo de un metro y medio de ancho.  
Ahí, nos retratábamos. Y lo acepto, yo me robé ese álbum, esos álbumes.  
Donde posas como flamenca. Acentuando la  
línea vertical, el orgullo impuesto de otros mundos.  
Mi mamá me aconsejó no indagar,  
no excavar. Quedarme en la espesura  
de un perfume.

Porque los de aquí se han amontonado como muéganos, serpentarios,  
en una oscuridad nocturna. Se han abatido y sólo quedas tú, como  
mármol, enredadera. Y después salían los vecinos, un bonachón con su guitarra,  
una mustia con sus hijos, y rodeaban nuestros lugares, recargados en la pared del pasillo.  
Zapatos sobre el muro.  
Y él tocaba.

Hacía gala y con su voz más ronca y toda suya repleta de embeleso,  
se nos aparecía en canto. Así, de pronto, el naranjo ya no se notaba podrido  
y la familia no era ese recipiente que se construye en la nada. Y nos reíamos.  
Y nos emocionábamos. Y entonces, entre canción y canción, tú hablabas.  
Entre historia e historia, él tocaba.  
Lo contabas todo.

De pie, con tu cigarro equilibrando la atención, repetías las anécdotas. Esos  
chismes que te llevaban las tías y las clientas como laceraciones. Esos  
que se decían como a espaldas. De cabeza y sin rostro. Pero, aquí,  
los llenabas de histrionismo, de cadencia, de imagen y dolor.  
Porque te dolía, a veces, y se podía ver.

Te aterraba encontrarte otra. Y yo fui siempre un espectador. Atestado  
en mi butaca de suelo y de asombros, como cuando uno veía por primera vez  
al domador de fieras. Y te destruías, quizá por no encontrarte y quizá  
por no saber que la tristeza se edifica como casas, se mantiene  
y se eleva a voluntad.

Lo acepto. Yo tomé esa fotografía oficial, donde estás viendo sin vida,  
con tu vestido a flores y tu pelo crespo, la lentitud de lo que pasa.  
Y luego, te levantas de tu silla y te revuelves por el espacio y ejecutas,  
nuevamente, la aparición de los otros, desde tu boca y tu cuerpo, te mueves, equilibrando  
la ceniza,  
vertiginosa para no dejar escapar lo que se escapa. Así, después la guitarra  
que se rasga y los niños entretenidos con la saga.



Y yo, muy adentro de mí, sobre mi silla de suelo me consumo. Me revuelo y pido, aferrado a ti, que no se acabe. Que la muerte en ti no se consuma, que la realidad se vuelque en teatro, pero no me alcanza, pero no me alcanza, me he quedado harto de lo roto. Y te pido más existencia y tú me tomas de la cara y te la callas.

### Post Juan Gabriel

en amor eterno  
 en amor eterno en bellas artes  
 ahí con ese traje negro y borlas doradas  
 Juan Gabriel le dedica esa canción  
 esa canción esa canción  
 que más que canción  
 es una oración de amor  
 una oración  
 a las mamás  
 a las mamás que lo han ido a visitar  
 sobre todo a aquellas que están  
 un poquito más lejos de mí

en esas butacas de atrás  
 las mamás más lejanas gritan  
 gritan emocionadas en una ola  
 que atraviesa como una luz el espacio

ahí me veo a veces en un salto repentino  
 de página  
 desbordando mi asiento en una efervescencia  
 interna que se vuelve descarga

estoy ahí sentada sin saber que la lejanía  
 no es otra cosa que una especie de claridad  
 una especie de claridad  
 que pide mirar hacia otro lado  
 y no ser vista

mi abuela ve en una tele en blanco y negro  
 ese concierto y canta querida  
 mientras acomoda unos papeles

a ella vuelvo en canto atroz  
 en una conmoción que me deja helada  
 canto con ella desde los últimos asientos  
 en este concierto virtual  
 que guardo  
 en la imaginación

[música]



## La última oportunidad de Cariguante

TONAS LIMA

Crónica: Primer premio

 Diego Mapache

Con la voz entrecortada por un llanto que se esfuerza por ocultar, Edgar Cuenca —también conocido como Cariguante— me advierte que su historia no es la del deportista disciplinado, que no se droga y que deja un mensaje de inspiración para los demás. No quiere que se lleven una idea falsa de lo que realmente es —o de cómo se piensa a sí mismo—: un vendedor de dulces divorciado que muchas veces tiene que dejar el entrenamiento para trabajar y poder enviarle dinero a sus hijos y que, además, fuma marihuana cotidianamente.

Si algo exige el boxeo es tiempo. Tiempo para correr, ir al gimnasio, cuidar la alimentación, dormir. Tiempo es lo que le falta a Cariguante.

A sus 32 años es un hombre corpulento. Mide un metro con 73 centímetros. Pesa 82 kilos, de los cuales

gran parte son músculos. Su aspecto podría parecer amenazante: nariz ancha, marcas de acné, labios gruesos y una mirada penetrante de ojos verde olivo. Habla con voz cantadita y gruesa, en un tono chilango, imperativo. Usa gorra, bandolera al hombro y ropa deportiva. Siempre va limpio y con el porte firme estilo militar.

A Cariguante se le encuentra en la esquina de Eje 3 con Calzada del Hueso, en los límites de las alcaldías Coyoacán y Tlalpan. Allí vende dulces en los camiones de la ruta 13 desde el 2011, esos que rezan “Tláhuac paradero” en el parabrisas.

A la par, entrena boxeo desde hace tres años. Aunque en realidad toda su vida ha estado atravesada por los golpes.

El apodo Cariguante lo persigue desde la secundaria. En ese entonces golpeaba a quienes lo llamaban

así, haciendo alusión al rojo de su cara por el acné. No obstante, dice que cuando estuvo preso dos meses en el Consejo Tutelar para Menores Infractores, conoció a un recluso muy respetado al cual también apodaban Cariguante. Lo describe como un tipo callado e inteligente. Así que al salir del tutelar recuperó su antiguo apodo, esta vez sin pena alguna.

En el cuarto de un taller mecánico me cuenta su dilema personal: ir al gimnasio o mantener a su familia.

—En las mañanas hago ese servicio de padre, ¿no? En las noches hay que tomar la decisión de ser egoísta y decir: voy y sigo mi sueño, voy y boxeo... Pero no saqué los gastos necesarios, ¿me entiendes? Me tengo que quedar a trabajar. Como deportista, no ir al gimnasio es estar frito.

### Fuerte y tierno como Tyson

Cariguante conoció el boxeo gracias al líder de los vendedores ambulantes de la ruta de camiones donde trabaja. El Sargento-General, le dicen al líder. Es maestro de krav magá, la técnica de defensa personal que inventó el ejército israelí. Él le enseñó a utilizar cuchillos, hacer llaves y otras técnicas de ataque. Pero lo que más lo enganchó fue el box.

Muchos le decían que no llegaría a ser boxeador. Primero, por su edad: los boxeadores sobresalientes generalmente empiezan a entrenar desde niños o adolescentes. Segundo, por su corpulencia: algunos creen que para este deporte hay que ser ágil y que su gran cuerpo podría estorbarle.

Pero Cariguante piensa en Mike Tyson quien, a pesar de sus 99 kilos y 178 centímetros de estatura, fue un peleador asombrosamente ágil.

—Me identifico con él porque es un demolidor arriba del ring. Yo pienso que cuando él estaba arriba recordaba de dónde había salido. Cada que yo boxeo pienso que soy un vendedor de dulces común y corriente, un padre de familia. O, mejor dicho, recuerdo que vengo de una familia disfuncional y que yo también creé una familia disfuncional. Todo eso creo que me da fuerza.

Al igual que Tyson, Cariguante estuvo preso cuando era menor de edad. Sin embargo, ambos descubrieron

el boxeo en distintos momentos de su vida: Tyson en la cárcel, Cariguante cuando ya tenía dos hijos.

Cariguante creció en Predio Degollado, un asentamiento irregular ubicado en la colonia Desarrollo Urbano de la alcaldía Iztapalapa. Su hogar estaba en uno de los llamados “campamentos”, terrenos invadidos en los que viven cientos de familias. Su casa era de lámina y piso de tierra. Según el Reporte Iztapalapa 2021, la Degollado es un predio con altos índices de marginación, violencia y consumo problemático de alcohol.

### La prueba de fuego

Lejos de las pantallas de televisión y de las historias de éxito, están los *sparrings*. Ellos asumen una de las tareas más importantes del ring: exigir a los boxeadores que —quizás— lleguen a ser figuras reconocidas que den todo de sí. Un *sparring* debe ser fuerte: tan fuerte como el verdadero rival o, al menos, lo más parecido a éste. Llevan una vida casi tan disciplinada como la de quienes compiten de forma oficial. Corren en las mañanas, hacen dieta y entrenan una o dos veces al día.

Cuando Cariguante llevaba un mes en el gimnasio, Fabio, uno de los entrenadores, le dijo al Tigrillo: “mira, éste es el chavo que te decía”. “¡Uy, pero si ya está viejo!”, respondió el Tigrillo, el entrenador principal del gimnasio. Cariguante se sintió ridículo entrenando a sus 32 años, pero algo le dijo que debía probarse a sí mismo. Al fin y al cabo, estaba allí para aprender a boxear.

Fabio encontró en él a un prospecto para ser *sparring* de los boxeadores más fuertes del gimnasio, lo cual sólo significaba una cosa: al principio Cariguante sería carne de cañón.

\*\*\*

“¡Ármense!”, dice Fernando Jiménez, entrenador del gimnasio, a Zombi y Cariguante. Ésta es la señal para que ambos se preparen para subir al ring.

Hace tiempo que el Tigrillo bautizó a Cariguante con un nuevo apodo: Boyka. Es su apodo de boxeador, el mismo nombre del protagonista de la película *Invicto* (2017), que narra la vida de un boxeador callejero.



Una risa chueca delata el nerviosismo de Cariguante, las piernas le tiemblan. No será el mismo después de este combate. Pero todavía no lo sabe. Por el momento, intenta concentrarse. Zombi luce tranquilo: es un tipo inexpresivo que confía en su preparación. Para él esto es mera rutina, parte de su entrenamiento para una de las competencias más fuertes de su vida: el torneo Ring Central. Todos conocen a Zombi por su pegada. Además, es rápido. Tiene 21 años y un talento innegable.

Suena la campana: comienza el combate.

Abajo del ring todos dejamos de entrenar. Ya no le pegamos al costal, a la pera ni practicamos golpes con un compañero. Durante los *sparings* no se les permite a los boxeadores dejar su entrenamiento. Sin embargo, es inevitable: estamos absortos viendo a Zombi boxear con aquel tipo rudo que no se raja a pesar de que le conectan durísimo una, dos, tres veces.

Boyka mueve la cintura, procura contragolpear. Los golpes suenan como látigos: es la piel de los guantes chocando contra la piel de los hombres. El sonido de los látigos inunda el espacio.

Ahora Zombi tiene a Boyka en una esquina. Estamos ya en el tercer *round*. Boyka sube la guardia, absorbe el castigo. Se le ve cansado. Y pensar que, apenas unas horas antes, estuvo bajo el sol, vendiendo dulces, subiendo y bajando los escalones de los microbuses, intentando hablar con la gente, repitiendo la misma cantaleta:

—Buenas tardes, pasaje. El día de hoy salgo a las calles a vender este producto que mi compañero pondrá en tus manos. Por favor, no me rechaces. No te compromete a nada. Puedes checarlo. No viene maltratado, no viene caducado. De antemano muchas gracias, que Dios te bendiga y que llegues con bien a tu destino.

Zombi lo acecha en la esquina del ring. Espera el momento para lanzar una brutal combinación de golpes. Tira dos rectos, luego gira la cintura y le conecta un *upper* de derecha que impacta de frente en su nariz.

¡Crack!

Es un golpe limpio, bien ejecutado.

Boyka está tirado en la lona. Fernando lo mira, ve lágrimas en sus ojos.

—Ya no puedo... —dice Cariguante a sus entrenadores.

Todos estamos pegados al ring, estupefactos. Fernando no sabe cómo reaccionar. Tigrillo se acerca a las cuerdas, toma a Cariguante por la careta, lo levanta:

—¡Boyka, cabrón! ¡No te des por vencido! ¡Tú eres un perro! Siempre has sido un perro en la calle y tienes que ser un perro aquí. ¡Esfuézate por tu hija, porque le tienes que dar el ejemplo de no darte por vencido!

Entonces Cariguante se levanta. Vuelve a mover la cintura, esquiva los golpes de Zombi. Suena la piel. Suenan los pies rozando la lona del ring.

Hasta que suena la campana.

Después de esta batalla, Cariguante no volverá al gimnasio en una semana.

“Lo retiraste, Zombi. Hasta tenía lágrimas en los ojos”, dirá Fernando, seguro de que no volverían a verlo. Zombi sentirá cierta culpa y, sobre todo, tristeza por perder un buen *sparring*, algo difícil de encontrar. Pasada una semana, Fernando decide ir a buscarlo, pero ese mismo día, Cariguante regresa por cuenta propia.

Al principio, los boxeadores y los entrenadores piensan que su regreso es para dar las gracias, despedirse y anunciar que se retira del ring. Pero no. Cariguante se disculpa por su ausencia y dice que está dispuesto a volver a intentarlo, a mejorar como boxeador.

—Es una prueba por la que todos pasamos —dice Fernando—. Imaginate, te preparas tres, cuatro, seis meses para una pelea, para un torneo: obviamente entras con la idea de salir campeón y cuando no se te logra pasa por la cabeza de todos retirarse. Para él a lo mejor no fue en una pelea, sino en un *sparring*, pero tuvo su pelea interna y la ganó.

#### Tláhuac paradero: Las reglas de la calle

El primer dulce que vendió Cariguante se llamaba Algodatrón: un algodón azucarado con relleno líquido envuelto en un empaque negro y azul. Fue hace unos diez años cuando se subió por primera vez a vender a un camión y decidió no volver a asaltar. Ganó 250 pesos. Un botín nimio si se le compara con los 1500 o hasta 3000 en un día “jodido” de cuando el robo era su principal actividad.



El ingreso de un vendedor ambulante es irregular. Hay días que Cariguante gana hasta 700 pesos y otros en los que se lleva menos de la mitad. Hay quienes venden en parejas: uno de ellos habla con los pasajeros mientras el otro les reparte los dulces. En ese caso la ganancia se divide en dos. Considerando esto, el salario promedio de un vendedor de dulces es de 300 diarios. Una cantidad cercana al salario mínimo de un reportero de prensa diaria, que es de 387.09 pesos, según la Comisión Nacional de Salarios Mínimos (Conasami).

Lo que más le disgusta a Cariguante de su oficio es la gente que lo juzga por su aspecto.

—Cuando me subo al camión, a pesar de que llevo ya casi diez años vendiendo aquí, la gente se sigue espantando. Guardan sus cosas, algunos me barren de pies a cabeza. Se me quedan viendo como si fuera un extraterrestre, como si fuera leproso. Todos esos prejuicios son los que me desagradan de esto de vender.

La organización de vendedores ambulantes para la que trabaja Cariguante existe desde hace 25 años. La ruta de camiones a la que tienen permitido subir pasa por Taxqueña, Acoxta, Calzada de Tlalpan, Canal Nacional y Canal de Chalco.

Su jerarquía está bien establecida: lidera la organización el Sargento-General; luego sigue el capitán, que es Cariguante; después vienen los *sayayines* o los soldados, que son los vendedores de menor rango. Además, hay *borregas*, ellos son los encargados de vigilar que nadie ajeno a la organización se suba a vender. Y, de vez en cuando, alguien es designado como *misionero*: es quien hace la “misión” de ir por la mota de Cariguante al punto de compra en la colonia Carmen Serdán.

La mayoría de quienes trabajan en esta ruta han practicado algún deporte de combate. Por eso a la gente de esta organización —de entre muchas que existen en el



área metropolitana— se le conoce como “los Bofes”. En México la palabra “bofé” es sinónimo de boxeador.

—En la calle no puedes agarrar tu bolsa de dulces y subirte a un camión —explica Cariguante—. No puedes, te baja la gente porque hay organizaciones que ya llevan muchos años vendiendo. Se llaman, ora sí que como quien dice, “reglas de calle”.

Cuando alguien quiere empezar a trabajar en esto se dice que esa persona “se aventura”. “Aventurarse” significa estar a prueba: ver si *aguanta vara* en el oficio callejero. Al nuevo integrante se le hace un interrogatorio en el que se le pregunta de dónde viene, si ya ha trabajado en otra organización de ambulantes y si ha estado en la cárcel. La cuota diaria es de 100 pesos y el vendedor decide sus horarios.

—Ahí en nuestra organización se respeta a los choferes, se respeta al pasaje y la decisión del chofer de si te da permiso de subir a vender. Si no te da permiso,

no te subes. Y pues al integrante de la ruta que no acate esa regla y que se quiera subir y que se pelee con el chofer pues, depende de quién sea y de cómo haya caminado con nosotros en la ruta, se le corre o se le multa.

Trabajar en la calle y con sus propias reglas no es cosa fácil. Algunas veces hay conflictos entre organizaciones. Cada una defiende su territorio: pone el cuerpo —el box, a veces, también sirve para esto—.

La paga no es mucha, pero es algo. Sobre todo, porque realmente no existen muchas opciones para quienes laboran en la ruta.

—Desafortunadamente me dicen: “¿por qué no te metes a trabajar en otro lado?”. Pues porque tengo antecedentes penales y porque me dicen que no doy “el perfil”. ¿Cuál es “el perfil” que debo tener?

Según los datos del Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación (Conapred) respecto a las quejas

recibidas sobre discriminación laboral en el periodo 2011 al 2017, la discriminación por apariencia física ocupa el cuarto lugar en frecuencia, mientras que por color de piel se sitúa en el vigésimo puesto, y la discriminación por antecedentes penales en el puesto 21.

### La última oportunidad

Cariguante sale del gimnasio. Camina por la Avenida Tláhuac y se fuma un churro en la zona más oscura de la banqueta. Lleva tres semanas entrenando diario.

Lo conocí una tarde en que me subí a los camiones a vender gomitas para pagarme un boleto de autobús para ir a unas competencias de box en Tlaxcala. Él iba sentado como pasajero y me preguntó sobre mi vida. En ese entonces, Cariguante ni siquiera entrenaba con el Tigrillo. Yo no me hice vendedor de la ruta, pero de vez en cuando me lo encontraba y platicábamos.

Cuando me acerqué a él para esta crónica, me confesó que había decidido dejar el boxeo. No había ido al gimnasio durante meses. Pero cuenta que algo se movió en su interior cuando pudo expresar lo que este

deporte significa en su vida. Para él no es una simple afición: “El boxeo es una caricia en mi vida”, me dijo. Se trata de salir de la zona de confort y vencer los miedos: saberse un simple vendedor de dulces que, sin embargo, es capaz de cimbrar al rival más fuerte.

Le pregunto hasta cuándo seguirá boxeando.

—Hasta que me canse de tanta disciplina. Hasta que sepa que di todo.

Confiesa que la primera vez que volvió al gimnasio luego de su ausencia de varios meses para sacar el gasto de sus hijos, el Tigrillo le hizo un comentario que lo conmovió: “Nadie cree en ti, pinche Boyka. Pero yo sí. Date otra oportunidad para ser boxeador. Que sea la última”.

Una vez más, Cariguante volvió al ring. Hoy continúa trabajando y boxeando. Pasa 13 horas de su vida en la calle gritando, corriendo, intentando sacar unos pesos, en busca de un sueño que quizá ni él entiende por completo, pero que lo mantiene de pie.

Quizá ésta no sea la última oportunidad de Cariguante. Algo me hace pensar que nunca saldrá de esto. Un boxeador siempre será un boxeador. **P**



Boxeadores entrenando en el Gimnasio Tigrillo



William Redman, *Just clowning around*, CC BY-NC-ND 2.0

# Carpa seropositiva

IZEL SHAMANÍ

Crónica: Segundo premio

I

“**A**celeraste mis latidos, es que me gusta to’ de ti”.

Lenny Boom acaricia los cabellos de su peluca naranja hacia arriba mientras canta. Mira directamente a la pantalla del celular donde, además de su rostro, aparece la puerta abierta de su camioneta roja. Desde el fondo del vehículo, un niño tararea, siguiendo el ritmo de la canción. Es su hijo.

—Espérame, ahí quédate —le ordena, luego se aleja un par de pasos y cruza la calle—. Hola, amigos, ¿qué tal? ¿Quién se conecta? Una persona. Estamos a punto de iniciar un show. Una personita que se conecte.

Lenny Boom recarga el teléfono en la llanta de otro vehículo: la calle, sus tenis manchados de acuarela, el pantalón negro con una línea de lentejuela de arcoíris. Desaparece de cuadro y es sustituido por la parte frontal de un auto pálido estacionado bajo un árbol. Unos segundos después, su



mano aparece a cuadro para levantar el teléfono y acercarlo a su rostro. La línea de maquillaje blanco bajo los ojos pretende agrandarlos. Ese mismo maquillaje simula también un diente que le cubre casi todo el labio inferior. Las cejas, de tono amarillo verdoso, se levantan como cuando uno sonríe, pero el rostro de Lenny Boom, quien siempre camina muy derecho, permanece serio.

“De to’as tus partes cuál decido”.

—Saludos, amigos, ¿quién nos saluda el día de hoy? Cuatro personitas... ¿Quién más?... Cuatro personitas...

Continúa cantando mientras vuelve a peinar su peluca naranja. “No me sale”, menciona burlón, sarcástico, aunque con el rostro serio.

—Vamos a dar inicio ya a un showcito el día de hoy, domingo —ajusta el micrófono que se sostiene en la oreja—. Estamos aquí en... creo que es municipio Temamatla. Y de aquí nos vamos hasta... Tlalmanalco, creo. Bueno el día de hoy saludando, reportándonos. Dos showcitos, gracias a Dios, así que vamos a darle cran al alacrán.

II

El término *payaso* viene del italiano *pagliaccio* que, a su vez, deriva de *paglia*, que significa paja: el vestido tradicional que usaban remitía a un colchón relleno de paja, a un costal. A un muñeco.

—Sí, espéreme tantito. ¿Algo más? —pregunta Ángel.

Todos los fines de semana vende papas y micheladas en la esquina de la Sur 22 y Oriente 9, en Valle de Chalco. A veces se asoma hacia las instalaciones deportivas, a tres calles de su local, para ver si habrá más clientes. Aunque es alto y flaco, camina siempre encorvado, por lo que su columna forma un arco sutil que dibuja pliegues pequeñísimos en el abdomen. Lleva playera sin mangas y gorra, bajo la que su cabello castaño dorado descansa. Lleva puesta también una sonrisa ligera.

“Aceleraste mis latidos, es que me gusta to’ de ti. De to’as tus partes cuál decido”, canta en voz baja, con los ojos fijos en su clienta. Le sonríe. Se inclina un poco por el peso de su propio cuerpo y del cansancio. Luce como un muñeco roto al que se le sale la paja.

—¿Cuántas más van a ser?

Tiene las manos hundidas en dos kilos de carne molida, fría, repleta de puntos blancos. Como los glóbulos que empiezan a escasear en su sangre.

III

El Instituto de Salud del Estado de México (ISEM) cuenta con seis centros ambulatorios destinados a la prevención y atención para el SIDA e infecciones de transmisión sexual. Erigidos con tubos delgados, poseen un techo puntiagudo y tienen un moño rojo dibujado a cada lado. Son como



pequeñas carpas de circo. Bajo su sombra se refugian los enfermeros. La gente se forma en fila para verlos, avanzan con cautela, como para ver a un tigre tras la reja. Ecatepec, Nezahualcóyotl, Chalco, Naucalpan, Tlalnepantla y Toluca son los municipios donde se hallan.

También están los Servicios de Atención Integral Hospitalaria (SAIH) para pacientes con VIH: se encuentran en Cuautitlán, Ixtapaluca y Atizapán. En ellos la gente observa sin decir nada, sin escuchar nada. Entran cobijados por un silencio colectivo. Las sillas, de un plástico incómodo, se convierten en la media luna de unas gradas de circo, lista para la escena. Ángel Álvarez Medina escucha que una enfermera lo llama. Las puertas de este centro de atención están abiertas y mudas, como las bocas de quienes observan a un hombre desprenderse del trapecio para volar al siguiente. El resto de los pacientes, que ahora son el público enfermizo, mira a Ángel levantarse de la silla.

“Atención”, anuncia el maestro de ceremonias, que sale de un consultorio, “Ángel está a punto de abrir sus resultados”. Redoble de tambor, silencio. La gente abre más los ojos. Se estrujan las manos. Se inclinan hacia el frente. Una mujer le tapa los ojos a su hijo. Un hombre se quita el sombrero para llevárselo al pecho, como ante la presencia de Dios. Un joven come palomitas sin dejar de ver la escena, con la mirada fija en el sobre en las manos de Ángel. “Silencio”, pide el maestro de ceremonias, luego se limpia la frente con un pañuelo que no termina de salir de su bolsillo. Dos ancianas se toman de las manos. El tambor para. Todo queda en silencio. Se escucha el sobre rasgarse. Un cono de luz cae sobre la hoja. Ángel suspira. El público se inclina un poco más hacia el frente. Un hombre se seca las manos contra el pantalón.

Ángel levanta los brazos y gira para mostrar la hoja hasta al último asistente, luego se la entrega al maestro de ceremonia, que limpia el micrófono con la manga izquierda de su saco rojo. Se aclara la garganta. “Señoras y señores —se toma una pausa—, es positivo”.

#### IV

¿Quién tembló primero ante la idea del contagio? Ante la idea de pastillas y de un edificio blanco riéndose de nosotros gracias a las constantes visitas. ¿Quién?

Todos quieren ser el mejor anfitrión para la muerte, lo más lejos de los hospitales. De ser posible, después de comer glaseado, bailar de noche o sentirse dentro de una alberca de pelotas. Todos quisieran recibir a la muerte con una sonrisa. Quien no puede, se maquilla una hasta las orejas.

El brillo de la pantalla blanquea aún más las mejillas de Lenny Boom. Se acomoda el cuello y mira el contador de personas conectadas a su transmisión en vivo. Cuatro. Tres. Dos. Una. Cero. Sigue mirando, pero nadie se conecta. Lenny Boom se mantiene positivo.



📷 Cortesía de Condomóvil A. C.

—¿Quién se conecta?... Una personita.

Da un giro de 360 grados y después su rostro desaparece de la pantalla: ahora enfoca el salón de fiestas donde, en unos minutos, actuará. Un par de hombres fuma junto a la entrada, ambos sostienen vasos en la mano. Faltan 15 minutos para que inicie el show de Lenny Boom: 1300 pesos por una hora de inflar globos, pintar caritas, partir el pastel, cantar y bailar para los niños. El tiempo no es aliado de Lenny Boom, aunque la OMS diga que la esperanza de vida para una persona seropositiva es de hasta 70 años.

—Yo trabajo diario porque soy pobre —dice con una sonrisa que no se debe al maquillaje. Nunca deja de mirar a la pantalla del celular.

Su hijo, hincado sobre el asiento de la camioneta, lo mira expectante.

—¿Quién se conecta, quién? ¿Dos personitas? No puedo ver quiénes son, coméntenme quién se conecta.

#### V

Ángel se acerca a una pila de vasos de un litro, maquillados en azul y con una corona dorada al centro. De manera exagerada saca uno, con el gesto de



quien desenfunda un sable. Camina decidido hacia una bandeja llena de chamoy y moja la orilla del vaso, con un movimiento de muñeca como el que emplea para hacer de un globo un perrito, una jirafa o un corazón. Salpica el vaso con polvo picante, como si arrojara diamantina sobre un niño que cumple años. Agrega limón y sal y vierte la cerveza. Al final, saca una pequeña sombrilla para coronar la bebida y la coloca sobre la barra. “Ta-ráááán”, parecen decir sus manos extendidas, los dedos tensos. Ángel sonríe, mira al cliente.

—Dame otra, por favor —es la única respuesta.

Las manos de Ángel se cierran con lentitud, como una flor en la solapa del saco de un payaso.

Junto al local de hamburguesas y micheladas, hay una pared de ladrillo encalado, tiene un rótulo: un aura amarilla envuelve a un payaso de pupilas dilatadas, brillantes, pero carentes de cualquier signo de vitalidad. Las comisuras de los labios están inclinadas hacia abajo, le dan un talante gris, indiferente. Los ojos parecen añorar algo, quizá el pasado. *Lenny Boom en escena*, anuncia. Debajo, en la humedad provocada por la orina de los perros que hurgan en la basura del local de hamburguesas, reposan un número de teléfono y una página de Facebook. El rostro del payaso presenta los signos clásicos del nostálgico que, también, son los signos de un paciente seropositivo.

Cuando cierra el local, Ángel sale con una bolsa negra llena de restos de comida. Un público de perros maquillados de hambre lo espera.

## VI

Hay quienes afirman que la mayoría de las tribus nativas americanas tuvo algún tipo de payaso. Estos tenían un rol social indispensable en la vida de la tribu, relacionado con lo religioso. En ocasiones, se les consideraba capaces de curar ciertas enfermedades, quizá aquellas relacionadas con el alma, la tristeza, por ejemplo. Tal vez curaban por medio de la risa.

Lenny Boom está en una cuerda floja que conecta enfermedad y tratamiento: no puede curarse, pero, según esa antigua creencia, sí es capaz de curar el alma de los niños; basta con animarlos en el momento: pintarles la cara, inflarles un globo, bailar para ellos, cantarles. Partir un pastel. Jugar con niños es, irremediablemente, jugar con la imaginación. Los niños felices, en cualquier punto cardinal, tienden a jugar.

En uno de esos sures u orientes, en un Valle de Chalco con tantas posibilidades como esquinas, y con faroles fundidos en la colonia más secreta, como los de la marquesina de un circo pobre, en alguna de esas calles, Ángel contrajo la enfermedad y la llevó cada tarde en los camiones hacia Zaragoza. Cuando el semáforo estaba en rojo, como la nariz de un payaso, abordaba para brindar un pequeño show de chistes, acompañado de carcajadas repletas de lentejuela circense; una muestra de su

espectáculo de fines de semana. El rubor rojísimo se fundía con el de su rostro acalorado. Poco a poco su piel bajó los reflectores, como cuando sus hijos, con sus pequeños dedos, le retiran el maquillaje al volver a casa. La sonrisa disuelta en suspiros de helio hasta que el cansancio lo lleva a una contorsión que desmantela el toldo de su cuerpo.

A su esposa la noticia le chupó las mejillas. Adelgazó hasta conjugar su cuerpo con el de su marido, como si con eso lo ayudara con la pena o con la culpa. Lo hizo de forma tan rápida que las vecinas, preocupadas siempre por perder peso, preguntaban su secreto. Ella optó (para mantenerlo oculto, como un truco de cartas) por ponerse dos o a veces tres pantalones y doble sudadera; parecía un muñeco relleno de paja. La gente dejó de preguntar cuando alguien susurró (al oído de todos) el porqué de aquel repentino cambio de Ángel y su mujer. Positivo.

## VII

Hay que cruzar un pasillo completamente níveo, donde la luz, también blanca, entra por las ventanas, como la de una enorme lámpara de quirófano. Al terminar el recorrido, hay otra fila de sillas igualmente incómodas. Chequeos de rutina, pequeñas dudas y recuentos que terminan aquí, en sillas duras como gradas improvisadas con madera y ladrillos. Ángel peina su cabello hacia abajo, acaricia su frente sudorosa y no deja de mirar su hoja de resultados: positivo. Mira hacia la puerta de la psicóloga, guarda la hoja en el bolsillo donde normalmente lleva su pañuelo de colores y mira sus zapatos negros, pequeños, sucios.

Una mosca se posa en el filo de la única silla libre en la sala de espera. Ángel recuerda la última fiesta donde actuó: una mosca manchaba el pastel en la celebración número seis de un niño con traje azul cielo y moño. Un Iron Man, de la misma altura de Lenny Boom, bailaba a su lado, con pasos laterales, enfermos, sin vida. Su traje estaba iluminado y ambos levantaban las manos; los niños, después, los imitaban. Mientras tanto, la mosca había punteado el *fondant*, pero él no podía interrumpir su acto. Una de las meseras del salón de fiestas, finalmente, la aplastó con un vaso rojo en cuanto las alas rozaron el mantel. Lenny Boom no puede dejar de recordarla. ¿Así se sienten las enfermedades terminales, como si algo, de pronto, te aplastara?

Se abre la puerta del consultorio de psicología. Una payasita, más joven que Lenny Boom, se asoma y saluda con ambas manos. Los niños gritan emocionados. Lleva puesta una bata de doctor, repleta de corazones de colores. En el pecho, junto a su gafete de psicóloga, tiene un girasol amarillo. Se lleva la mano derecha a la espalda y saca un enorme megáfono de colores.

—¡Ángel Álvarez Medina!

Lenny Boom se levanta de resorte al escuchar su nombre. El coro de niños aplaude y grita su nombre: “¡Lenny, Lenny, Lenny!”. Después de dar



su primer paso, él mismo se pone el pie y tropieza. Cuando se levanta, vuelve a hacerlo otras dos veces. Las carcajadas de los niños se elevan. Saca de su bolsillo los resultados y los arroja al suelo. Al pisarlos, finge resbalar y da un giro de 180 grados para quedar viendo hacia el otro lado. La payasita con bata de doctor les muestra a los niños un reloj gigante, ellos ríen. Lenny Boom da un par de pasos más en dirección opuesta al consultorio y voltea a ver a los niños, pregunta en dónde está la doctora. “¡Ahí, ahí! —contestan todos— ¡Para el otro lado!”. La doctora de nariz roja ya no espera, saca un yoyo gigante y laza a Lenny Boom para llevarlo a rastras al consultorio. Cuando está frente a ella, presiona el girasol amarillo en su solapa y un chorro de agua lava el maquillaje del rostro de Lenny Boom.

—¿Ángel Álvarez Medina? —no escucha su nombre, pero alcanza a leerlo en los labios de la doctora. Asiente—. Pasa, por favor.

### VIII

—¿Quién se conecta? Una personita.

En la pantalla del celular se puede apreciar, detrás del rostro de Lenny Boom, la camioneta que usa para trasladarse a su show. Dentro, de rodillas en el asiento, su hijo está terminando de abotonarse el chaleco blanco con líneas de diamantina azul. Se pone una nariz falsa y sale rumbo al salón de fiestas.

—Muchas gracias por conectarte, amigo —le habla al último asistente de su transmisión en vivo—, vamos a darle cran al alacrán.

Ahora hay cero personas conectadas.

Ángel se guarda el teléfono en la bolsa y va hacia la camioneta para sacar su caja con regalos, globos y dulces. Al subir a la banqueta, tropieza y está a punto de caer. Voltea para cerciorarse de que nadie lo vio. Baja por un momento la caja, se acomoda el chaleco y peina su peluca hacia arriba. Revisa su maquillaje en el espejo lateral de un auto estacionado y mira sus zapatos. Levanta la caja y se acerca a la entrada del salón de fiestas.

Antes de entrar, respira hondo, cierra los ojos, exhala y se persigna. Da el primer paso al interior. “¡Ya llegó Lenny Boom!”, anuncian los altoparlantes en las esquinas del salón de fiestas. Ángel se pone el pie y finge tropezarse. Todos los niños, a excepción de su hijo, sueltan una carcajada.

Lenny Boom mira las bocas moverse, pero no oye ninguna risa. 📍

# La vida en las manos

MIGUEL GUERRERO “JOMI WARRIOR”

Fotografía: Primer premio



Todas las imágenes de la serie: digital, 8 × 10 pulgadas







# Si he de partir

IKER VALDÉS FIERRO

Fotografía: Segundo premio



Todas las imágenes de la serie: intervención de fotografía con agua, recorte y barniz de uñas transparente, 17.5 x 11.6 cm





# La masa

MARCOS A. MEDRANO

Minificción: Primer premio

*Un sol en cada herida, deletreado.*

Elisa Díaz Castelo

Las manos se nos alargan desordenadas, la oscuridad esconde los cuerpos retorcidos que danzan cruzando cabezas, pechos, lenguas; revueltos y confundidos como el tiempo que transcurre zigzagueando entre nosotros.

Que si me acuerdo, me pregunta el de al lado o el de atrás, no puedo girarme para verlo. Que si reconozco a la que tengo enfrente, a la que miro desde hace días o desde hace años, da lo mismo. Nomás la greña enmarañada le veo, algunos pelos están en mi boca, creo que es de una mata oscura y larga. No me contesta.

Mientras me esfuerzo por verla, mis piernas hacen figuras imposibles porque en este encabronado amontonamiento todo es imposible, como esas cuencas vacías que buscan sus ojos o ese polvo que quiere ser materia humana de nuevo.

Mis manos tocan una piel fría y los ojos alrededor están expectantes preparando la mirada que clavarán al cielo cuando se abra la luz por todos lados.

Que si estoy muy arriba. No sé, le digo. Que si estoy seguro de que la greña es una mata larga. Al hombro, al menos, o eso creo. Que necesito estar seguro, me dice.

Yo quiero acabar de encontrar mi cuerpo, lo siento extendido, como si no fuera sólo mío, sino de esa masa ahogada de muslos y brazos, herida de pubis rojos que me confunde y me apropia.

La greña podría ser de cualquiera, igual que esos brazos que me aprietan el pecho. Me doy cuenta de que acá abajo, anudados así como estamos, nadie tiene nada.

¿Dónde?, ¿dónde?, ¿dónde? Insiste frenéticamente otro de los que no veo. No importa, dice el de al lado o el de atrás o abajo. No importa, ya estás acá, le dice, y luego a mí: concéntrate, ¿es ella? ¿Qué importa ella?, le digo.

Siento la tierra entre los dientes y una boca seca de encías sangrantes. Gusanos.

Otro se mete en mis pensamientos: gusanos, me dice, gusanos, se nos acaba el chance.



Trilce Zúñiga Loya. De la serie *Tríptico de la muerte*

Los que están en lo más profundo emiten sonidos de mudos, jadeos y pujidos que vienen de un estómago apretado que casi no hace ya ruido alguno, galimatías putrefactas llenando el silencio que la masa ha dejado hueco por si es necesario que crezca.

Pasa algo que parece ser el tiempo, las greñas negras frente a mí van cayéndome sobre la cara, las atrapo con mi boca, las manos dejan de sentir el frío, la masa grande se avejenta cada vez más deforme. Hace tiempo que no se toca. Hace mucho, o eso parece, que su apetito insaciable tiene que conformarse con el regurgitar de gusanos.

Algún día cuando el sol está a plomo, porque estas cosas pasan sólo cuando el sol se afana en calcinar la tierra, otras voces gritan, se trastocan con las de abajo, se confunden con este cuerpo de mil gargantas, de cientos de uñas, cabezas, dedos y lenguas cortadas de este animal gigantesco y agonizante.

Las voces de arriba van matando el jadeo.

Se escucha el revolotear de la tierra y la luz golpea de pronto los ojos secos de la araña amorfa.

Arriba el tiempo es tiempo y los cuerpos son cuerpos, pero a pesar de eso un berrido macabro e inhumano se apodera de todo. Un berrido que eriza cada pelo nuestro, un berrido de deseo cumplido. Alguien está por decirlo, la sentencia, el de abajo me escupe por última vez la pregunta: ¿Es ella? Yo le contesto que sí.

Las rodillas caen al suelo, miran el hoyo que han hecho. Los rayos de sol que empiezan a filtrarse nos separan, nos identifican. La masa se deshace.

Alguien al fin lo dice: "Acá están".

Entonces por fin morimos. **P**



# Abuela

ANDREA ROJO

Minificción: Segundo premio

Abuela era parecida a los canarios, había que sacarla una o dos horas al patio a que tomara sus baños de sol y, como con los canarios, a veces se olvidaban de meterla hasta ya entrada la noche. Yo creo que, igual que ellos, también volaba. Ahora los pajaritos miran el cielo desde su jaula y ella desde su silla de ruedas. También era muy paciente o eso creo, no hablaba con nadie y sólo miraba a los ojos cuando se le hablaba de frente. Mi madre decía que desde aquella impresión había perdido el habla e, incluso, el sentido de la vida; decía que ésa ya no era su madre. Antes de eso, ella leía y cuidaba de su jardín que, por alguna extraña razón, seguía verde e inspiraba vida. Pero, como ya no podía caminar, estaba siempre como una estatua mirando y escuchando a sus canaritos. “Pobre mujer, nada más está ahí esperando la muerte. Ojalá Dios pronto se la lleve—decían algunos familiares, no les importaba que ella o yo estuviéramos ahí—, total, la vieja parece un mueble y los niños no comprenden esas cosas”.

Sin embargo, cuando nadie estaba en casa, ella me decía: “Imelda, regálame agua, por favor; pero recuerda, en mi jarrito, mi niña”. La primera vez, me pareció chistoso que lo pidiera en un vasito de barro, ésos son para las macetas, tal vez quería volver a retoñar. Le pregunté por qué y ella respondió: “El aroma a barro me transporta al río donde mamá me llevaba a jugar, algún día yo también te llevaré”. Luego lanzó un gran suspiro. Mientras bebía su agüita fresca le contaba ideas y pensamientos, no sé si al aire o al recuerdo del abuelo, yo no creo que a mí porque decía cosas que no entendía. “¿Acaso son el verbo y la carne los principios inefables del hombre? ¿Cuándo los perdí?”. Luego miraba con opacos ojos a sus canarios.

Cierto día, todos estaban consternados. Mamá decía que esto le pesaba más que lo de aquella vez cuando Abuela perdió el habla. Todos lloraron y me dejaron sola en casa. “Los niños no se meten en asuntos de muertos”, decían. Pasaban los días y la alegría no volvía, tampoco Abuela, todo lo sentía gris y vacío. Un día salí y ¡ahí estaba!, era ella, tomando el sol como siempre. Me alegré porque creí que no volvería a verla pero, tal vez, como mi madre decía, estaba “recorriendo sus pasos”, visitando los lugares que en vida fueron suyos. Me paré frente a ella, sonrió y enjugó una lágrima. Entré a la sala para contarle a mamá, pero escuché a tía Rosa decir que Abuela ya quería volver y por eso regresaron antes de lo planeado, nadie mencionó que tía Rosa la llevaría al pueblo. Mientras bebían té, la tía dijo que al enterrar el ataúd les había faltado tierra, así que tío Juan tuvo que tomar de otras tumbas. Lo mismo pasó cuando murió don Julián y a los poquitos días hubo un nuevo muertito, dicen que él se lo llevó; por eso, sugería tío Juan, debían estar preparados. Me pregunto si lo hizo porque se aburría o porque necesitaba que alguien lo abrazara en las noches. Debe sentirse mucho frío estando enterrado. Me alegré de que Abuela no hubiera muerto, aunque en su rostro se notaba que lo deseaba.

Acabado el novenario salí al jardín, Abuela no estaba y la jaula de los canarios se hallaba abierta, el estómago se me hizo un nudo y comencé a temblar. Seguramente era el día, Abuela recibiría hoy coronas de flores, blancas como sus ojos y sus largas trenzas. Corrí a su habitación y la vi parada en la puerta con su tierna sonrisa. La abracé y escuché voces en el cuarto. Era tía Rosa diciéndole a mamá: “Tranquila, se fue a cuidar a la pequeña Imelda”.

# XX

MICHELLE GUARNEROS DOMÍNGUEZ

Narrativa gráfica: Primer premio







# De mí hacia ti

SABINA YUTSIL VARELA TURCOTT

Narrativa gráfica: Segundo premio



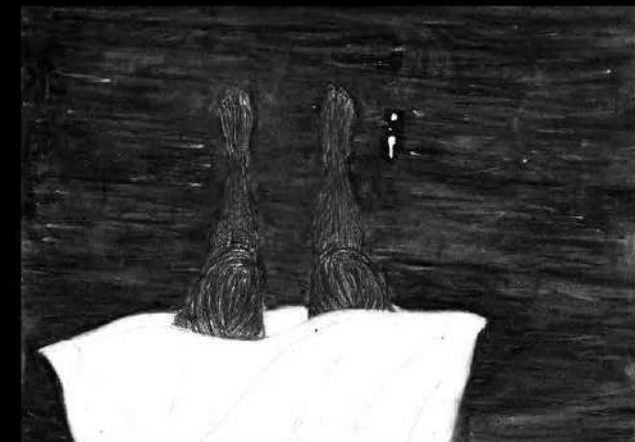
En medio de la catástrofe, nacimos.



Crecimos conociéndola,

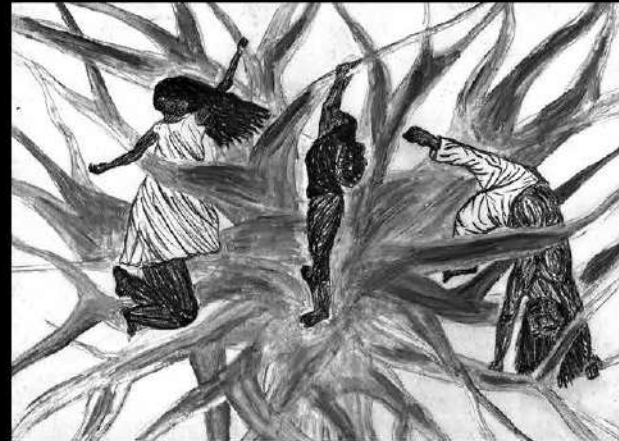


junto al anhelo de transformarla...





Compartiendo la memoria,



hacer eco la alegría,



sinceridad que retumba...



Crear sin olvidar que no estamos solos.



Volteamos y, en efecto, estamos rodeados.



Defenderse es una virtud





que requiere agallas



vestidas de esperanza.



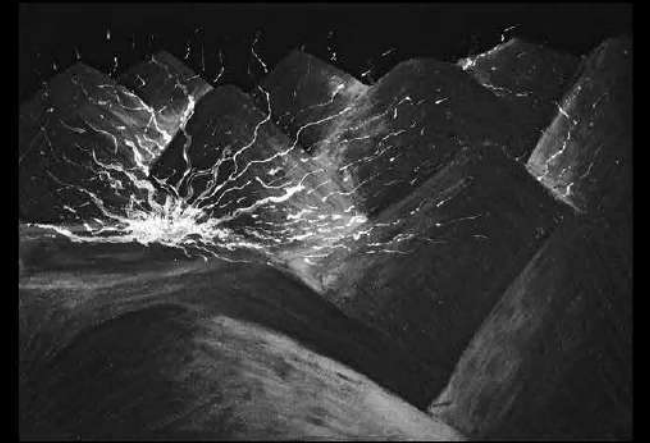
Crear sin olvidar que no estamos solos.



Volteamos y, en efecto, estamos rodeados.



Suena si nos movemos.



Se expande si bailamos.



De aquí hasta allá,



de mí hacia ti.

# Concurso 53 de punto de partida Resultados

LITERATURA UNAM



## CRÓNICA

### PRIMER PREMIO

*La última oportunidad de Cariguante*  
Álvaro Tonatiuh Lima García  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

### SEGUNDO PREMIO

*Carpa seropositiva*  
Izel Shamani Flores Padierna  
Universidad Autónoma de la Ciudad de México

### MENCIONES

*Extranjera en mi propia tierra*  
Atenas López Pintor  
Doctorado en Letras-UNAM

*Un planeta, punto por punto*  
Priscila Rosas Martínez  
Universidad Autónoma de Baja California

*Funeral*  
Alexis Mata Ronzón  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**JURADO:** Leonardo Tarifeño y Magali Tercero

## CUENTO

### PRIMER PREMIO

*Mátalas*  
Mariana Rosas Giacomán  
Universidad Iberoamericana  
Ciudad de México

### SEGUNDO PREMIO

*Mariantonieta*  
Oswaldo Omar Romero Hernández  
Centro de Cultura Casa Lamm

### MENCIONES

*Ninguna palabra es visible*  
Emiliano Trujillo González  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Haluro de plata*  
Erandi Paula Barroso Olmedo  
Doctorado en Geografía-UNAM

**JURADO:** César Gandara, Ana García Bergua y Magali Velasco

## ENSAYO

### PRIMER PREMIO

*De hibiscos e insectos*  
Natalia María Durand García de León  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

### SEGUNDO PREMIO

*Entelékheia familiar*  
Casandra Robles Gómez  
Universidad Veracruzana

### MENCIONES

*Mitología de las abejas*  
Delmar Ulises Méndez Gómez  
Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa

*De cantos de cuna arredondianos*  
Montserrat Báez Jiménez  
Universidad Veracruzana

**JURADO:** Hernán Bravo Varela, Héctor Perea y Laura Sofía Rivero

## FOTOGRAFÍA

### PRIMER PREMIO

*La vida en las manos*  
José Miguel Guerrero Labra  
UNAVID Escuela de Fotografía

### SEGUNDO PREMIO

*Si he de partir*  
Iker Valdés Fierro  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

### MENCIONES

*¿Qué tal resultó ese diálogo contigo mismo?*  
Antonio Flores Calvario  
Universidad de Guanajuato

*Intimidad pública*  
Alison Ayumi Martínez Huerta  
Universidad Autónoma del Estado de México

*Foto-drague-arte*  
Julio César Colín García  
Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

**JURADO:** Eunice Adorno, Lourdes Almeida y Jorge López Vela

## GRÁFICA

### PRIMER PREMIO

*Fallen Angels*  
Jorge Armando Hernández Santiago  
Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco

### SEGUNDO PREMIO

*De lo frágil e impoluto*  
Arelly del Carmen Migoni Barbosa  
Facultad de Estudios Superiores Acatlán-UNAM

### MENCIONES

*Enigma*  
Fabián Sosa Sosa  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

**JURADO:** Vanessa García Lembo y Víctor Guadalajara

## MINIFICCIÓN

### PRIMER PREMIO

*La masa*  
Marcos Alexis Medrano Hernández  
Facultad de Derecho-UNAM

### SEGUNDO PREMIO

*Abuela*  
Andrea Guadalupe Rojo Padua  
Facultad de Estudios Superiores Iztacala-UNAM

### MENCIONES

*El cuervo de las dos voces*  
Iván Emiliano López García  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*Visitante*  
Jaime Jair Ortega de la Sancha  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

**JURADO:** Anamarí Gomis, Josué Sánchez y Daniela Tarazona

## NARRATIVA GRÁFICA

### PRIMER PREMIO

*XX*  
Michelle Guarneros Dominguez  
Escuela de Diseño-INBAL

**JURADO:** José Homero, Tedi López Mills y Karen Villeda

## SEGUNDO PREMIO

*De mí hacia ti*  
Sabina Yutsil Varela Turcott  
Facultad de Artes y Diseño-UNAM

## MENCIONES

*La vanidad de los cerros*  
Ernesto Saúl Gutiérrez López  
Instituto de Fisiología Celular-UNAM

**JURADO:** Rafael Barajas "El Fisgón" y Cintia Bolio

## POESÍA

### PRIMER PREMIO

*La línea recta del sonido*  
Andrés Segovia Santiago  
Universidad Autónoma de Yucatán

### SEGUNDO PREMIO

*Bodegones*  
Carlos Manuel del Castillo Rodríguez  
Tecnológico de Monterrey campus Monterrey

### MENCIONES

*Delta: una historia de la errancia*  
Geovani de la Rosa Peña  
Universidad Autónoma de Guerrero

*Turntablism*  
Edson Jair Martínez Algarín  
Universidad Autónoma de Yucatán

*Noche Costa Chica*  
Israel Nicasio Álvarez  
Universidad del Valle de México

*Cuatro poemas haitianos que van migrando*  
Andrés Martínez Guzmán  
Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

*El permanente retorno de lo igual*  
Eyson Morales Raymundo  
Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

*Diganle al adiós que este arbolito sin hojas es suyo*  
Miguel Ángel Morales Aguilar  
Escuela Normal Superior de La Laguna

**JURADO:** José Homero, Tedi López Mills y Karen Villeda

## • COLABORADORES •



**Natalia Durand** (Ciudad de México, 1995). Estudió Comunicación y Filosofía en la UNAM. Fue ganadora del 9° Concurso de Crítica Cinematográfica *Fósforo* en Licenciatura. Ha colaborado en distintos medios y festivales de cine. Actualmente da clases en Arte7.



**Casandra Gómez** (Xalapa, 1996). Licenciada en Lengua y Literaturas Hispánicas. Ganadora del Premio Nacional al Estudiante Universitario de la UV 2020. En 2021 obtuvo el PECCA Veracruz. Actualmente estudia la especialización en Promoción a la Lectura.



**Tonas Lima** (Ciudad de México, 1999). Escritor y periodista. Es autor del fanzine *¡Échenme a los perros!* (2021). Editor en *Saca la Lengua Fanzine*. Residente del programa Simbiosis de *Gotapardo* y Walter Cronkite School of Journalism and Mass Communication de la Arizona State University.



**Oswaldo O. Romero** (Coacalco, 1999). Estudiante de Literatura y Creación Literaria en el Centro de Cultura Casa Lamm. Ha colaborado en revistas digitales como *Nostos* y *Revista Hispanoamericana de Literatura*.



**Andrés Segovia** (Mérida, 1999). Cursó estudios de música y literatura en el CEDART Ermilo Abreu Gómez. Es becario del PECCA Yucatán (2021-2022) y ganador del Premio Nacional de Poesía Desiderio Macías Silva 2019. Es parte del Centro de Experimentación.



**Carlos del Castillo** (Tampico, 1989). Es autor de *El libro que no he escrito* (2012) y *Un backgammon* (2016).



**Mariana Rosas Giacomán** (Ciudad de México, 1998). Fue becaria del Curso de creación literaria para jóvenes de la FLM y la UV en 2021. Es autora de *Hay mucho humo en mi habitación* (2022).



**Izel Shamani** (Chalco, 1991). Cursa la Licenciatura en Creación Literaria en la UACM. Ha publicado en *Pez Banana*, *Neotraba*, *Plástico*, *Monólito*, *Nocturnario* y *Máquina*. Es autora de *Mutis* (2022).



**Marcos A. Medrano** (Ixtapaluca, 1996). Estudiante de la Facultad de Derecho de la UNAM. Ha publicado en *Lee + de Librerías Gandhi*, y es parte de la antología *En este pueblo...* (2021) de Escritores que nadie lee y autor de *Los ajados* (2021).

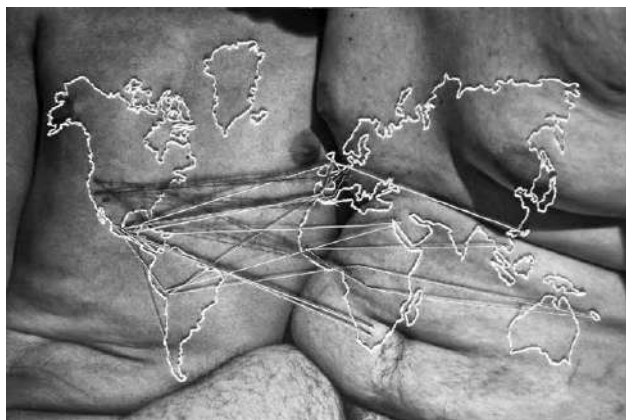


**Andrea Rojo** (Ciudad de México, 1992). Estudiante de Biología en la FES Iztacala.

• COLABORADORES •



**Iker Valdés Fierro** "Oongo" (Ciudad de México, 2003). Artista. Su obra fue premiada en los concursos TransparentArte Info 2020 y Orgullo Mexiquense 2020. Fue parte de las exposiciones digitales colectivas "Imágenes resilientes" de la Secretaría de Difusión Cultural de la DGENP y del 1º Concurso de Fotografía SDG Hub UNAM "Una mirada al medio ambiente".



**Arely Migoni** (Tlalnepantla, 1998). Egresada de Lengua y Literaturas Hispánicas de la FES Acatlán UNAM. Es correctora de estilo. Ha colaborado con ilustraciones en *La Coyol*.

• COLABORADORES •



**Michelle Guarneros Domínguez** (Ciudad de México, 1990). Estudia en la Escuela de Diseño del INBAL. Colabora e ilustra en proyectos independientes.

Instagram: [snmnrzw](#)



**Sabina Yutsil Varela Turcott** (Ciudad de México, 2000). Estudia Artes Visuales y Etnomusicología. Busca generar un diálogo interdisciplinario en la investigación de las ciencias sociales a través del arte.



• COLABORADORES •



**Diego Mapache** (Tezonco, 1999). Escritor y editor en *Saca la Lengua Fanzine*. Fotógrafo esporádico. Egresado de la Unidad de Investigaciones Periodísticas de la UNAM, donde también estudia Filosofía en la FFYL.



**Mónica Herrera Quant** (Toluca, 1989). Autora de cómic, gráfica y fanzine. Impresora y promotora de publicaciones independientes. Fue becaria del FONCA en *Narrativa Gráfica* (2020).



**Jorge Ponce** (Cuernavaca, 1991). Comunicólogo egresado de la UNAM, titiritero de profesión en la *Compañía de Marionetas Tekereke*. Hace *cartoons*, anime y portadas para álbumes musicales.

📷 [jorgeponce.art](https://www.instagram.com/jorgeponce.art)

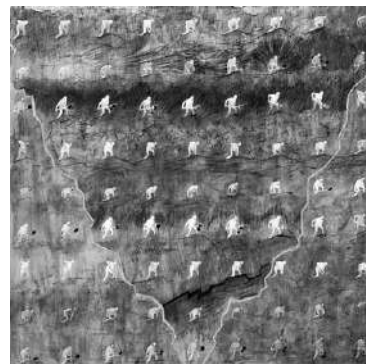


• COLABORADORES •



**Daniela Santaella** "Skullflower" (Tuxtla Gutiérrez, 1988). Estudió Diseño Gráfico, trabaja como ilustradora y diseñadora *freelance*. Su trabajo explora lo

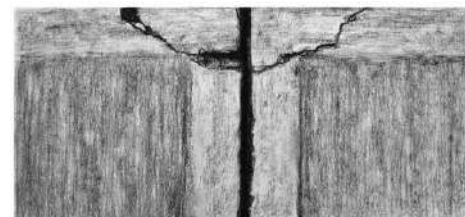
que es ser mujer en la actualidad. Recientemente ha incursionado en el mural y en la creación de piezas de cerámica.



**Trilce Zúñiga Loya** (Ciudad de México, 1993). Estudió Artes Visuales en la ENPEG "La Esmeralda". A través del dibujo y la pintura investiga lo monstruoso, el juego, la muerte, los sueños y la imaginación. Es cofundadora e integrante de *Islera*, proyecto independiente de gestión artística y cultural.



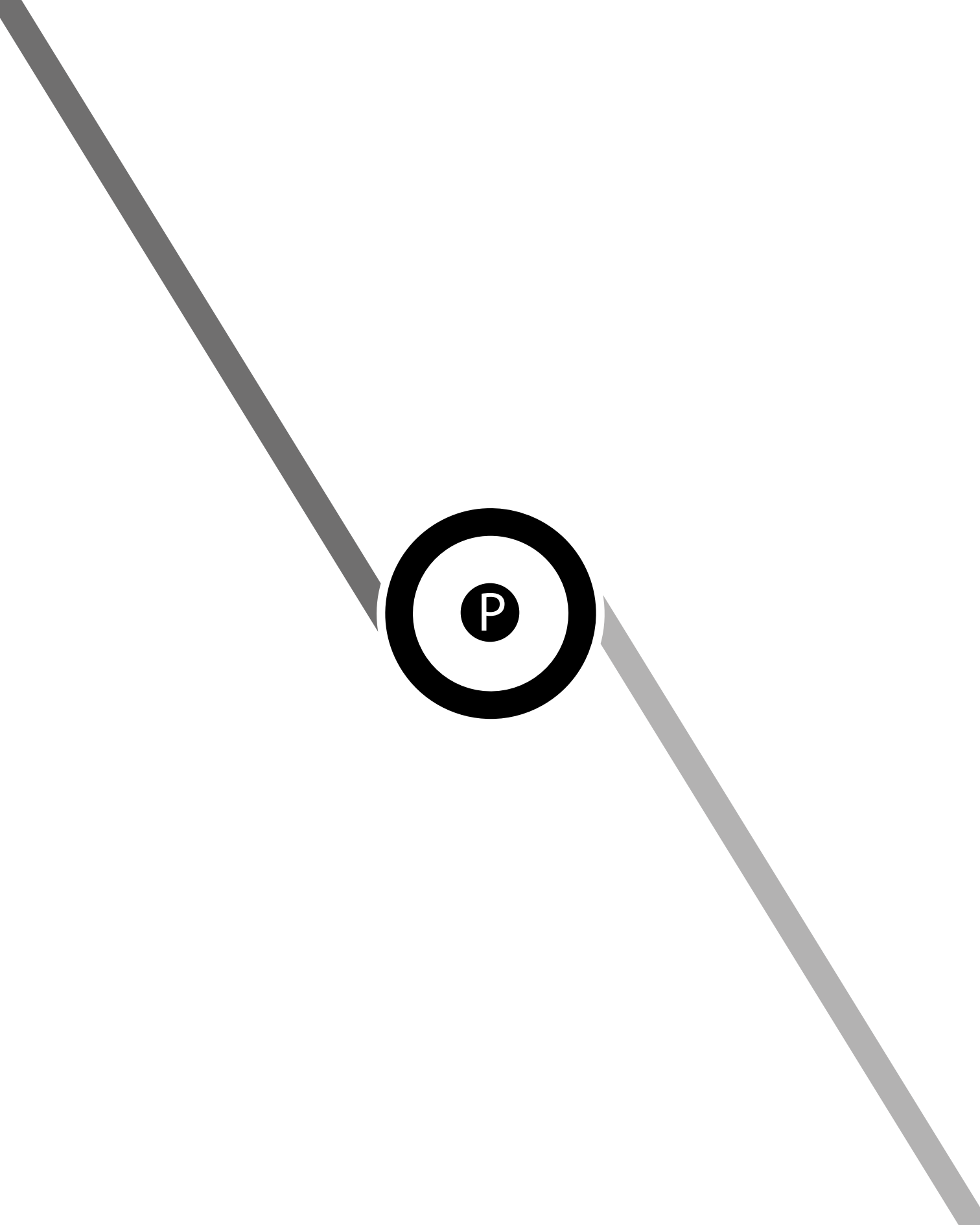
• A CONTRALUZ •



**Marisol Cosmes Guzmán** (Naucalpan, 1987). Es licenciada en Artes Visuales por la FAD UNAM y maestra en producción artística por la UAEM. Cuenta con dos exposiciones individuales tituladas *Adelante* (2015) e *Incubadora* (2019) y con más de 30 exposiciones colectivas. Desde 2008 trabaja en grabado, dibujo, pintura, ilustración y fotografía. Fue becaria del FONCA 2016-2017 en Gráfica y del CONACYT durante la maestría en Producción artística en la UAEM (2018-2020).

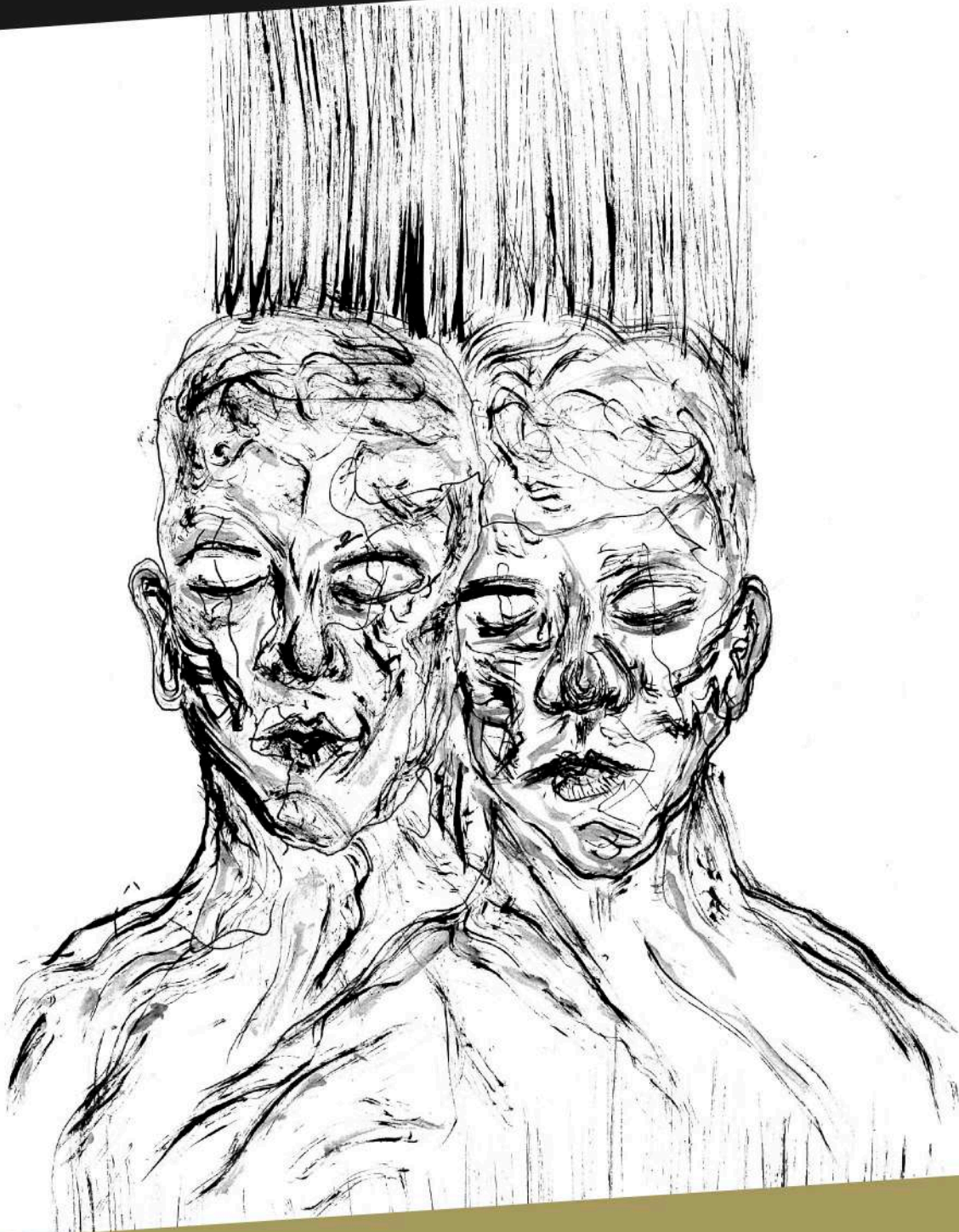
📷 [msolsss](https://www.instagram.com/msolsss)










LITERATURA UNAM



 @Puntodepartidaunam  
 @P\_departidaunam  
 @puntodepartida\_unam

[www.puntodepartida.unam.mx](http://www.puntodepartida.unam.mx)